

7. Los nuevos biblioclastas

Estáis hechos de papel y al papel retornaréis Walter Mehring

Los estadounidenses aseguran que jamás antes del 11 de septiembre fueron atacados en su territorio. Falso: los británicos lo hicieron en 1812. El Congreso y su biblioteca, cuya primera adquisición de libros acababa de efectuarse en Londres (740 títulos), se instalan en Washington De en 1800. El 24 de agosto de 1814 el ejército de invasión británico prende fuego al Capitolio y a los 3 mil libros de la joven biblioteca.

Se dice que el gran incendio de Moscú del 15 de septiembre de 1812 fue provocado por delincuentes reincidentes instigados por el gobernador de la ciudad, que no era otro que Rostopchin, padre de la futura condesa de Ségur. Largamente preparada, esta acción destinada a rechazar los grognards acabó con la enorme y admirable ciudad de
madera. Numerosas bibliotecas escaparon de esta manera radical a
Napoleón; la más preciosa de todas era la del conde Dimitri Buturlin (1763-1820), confundido a menudo con su homónimo y pariente, el
ayuda de campo del zar. El conde Buturlin, sin descorazonarse ya que
había conservado su fortuna, fundó entones una segunda brillante colección en Florencia, de la que numerosas ediciones italianas de gran
valor fueron adquiridas por la Bodleiana entre 1839 y 1841.

El progreso de la ciencia durante el siglo xix hizo avanzar la artillería y la aviación. Los bombardeos a distancia o desde lo alto permitían al fin disminuir los riesgos de incendiar a mano las ciudades enemigas. Las reglas del juego cambiaban, y el mundo empezaba a jugar a gran escala.

LIBROS EN GUERRAS

Durante la guerra franco-alemana muchas ciudades que tuvieron la mala suerte, bastante habitual debemos decir, de encontrarse en el mismo emplazamiento con algunos años de intervalo, sufrieron un de-

sastre de repetición. Eso es, en cualquier caso, lo que pensó la gente de Arrás, o Estrasburgo, o Lovaina, y de muchos otros centros urbanos.

La Francia de Napoleón III puede estar tranquila: Estrasburgo está lista para afrontar el asalto prusiano de 1870. Con sus bellas y fuertes murallas, la ciudad "se defenderá mientras quede un soldado, una ración, un cartucho", reza el afiche que hizo pegar el prefecto y barón Pron ese 10 de agosto, el día en que partió el último tren hacia París antes del aislamiento total de la zona. Lamentablemente, nadie había previsto el largo alcance de las piezas de la artillería enemiga, capaces de destruir tranquilamente la ciudad desde Hausbergen. El bombardeo durará un mes entero; después de recibir 193722 obuses, la plaza será obligada a rendirse. La noche del 24 de agosto, aniversario de la de san Bartolomé, el tiro no se ha interrumpido. Esa noche la biblioteca arde con sus 400 mil libros. Entre los escombros humeantes se encuentra la colección de la cartuja de Molsheim, requisada en 1792: 4 133 volúmenes, entre ellos 486 manuscritos y un gran infolio con 344 pinturas: el Hortus deliciarum de la abadesa Herrade de Landsberg (siglo xII); las cenizas de cientos de manuscritos se mezclan con las de miles de incunables, con las actas del proceso de Gutenberg contra los herederos de su ex socio Dritzehn, piezas que permitirían arrojar un poco de luz sobre los tortuosos manejos del padre de la imprenta

Una biblioteca franco-alemana se perdió. Pero en 1943 y 1944, Estrasburgo es nuevamente bombardeada. La vez anterior se había necesitado un mes de fuego continuo para matar a 362 habitantes; la aviación mejoró ese resultado llevándolo a 1239 personas en sólo tres pasadas. Los habitantes de Estrasburgo prefieren olvidar el esplendor de esta progresión: las bombas llevaban los colores de nuestros aliados. Y una vez que los alemanes desaparecieron, la región se apresuró a quemar los libros con los que estos últimos habían reemplazado miles de obras en francés. El dibujante Tomi Ungerer, entonces alumno del liceo de Colmar, fue uno de los pocos que habíó: "Como en un déjá vu, todo lo que era alemán debía terminar en la hoguera: la estupenda biblioteca, enriquecida en la época del káiser, fue reducida a cenizas. Goethe, Schiller, incluso los bustos de yeso de los filósofos griegos y romanos."

La posición geográfica de Lovaina (Leuven como capital del Brabante flamenco), a 26 kilómetros al este de Bruselas, hizo de ella un centro

universitario europeo desde el siglo xv y un blanco inmediato para los grandes conflictos. La universidad fundada en 1426 recibe a Erasmo, a Juste Lipse y a Mercator. Vesalio aprende allí la ciencia árabe y crea la medicina moderna al escribir sus obras sobre anatomía. Al igual que Erasmo, Jansenio enseña allí durante 28 años y su Augustinus, que causó gran polémica, se imprimió allí. Pero es en 1636 cuando comienza el verdadero desarrollo de la biblioteca: el arzobispo de Malines, Jacques Boonen, la dota de una renta anual y nombra al primer bibliotecario; en 1723 se la instala en un nuevo local, contiguo a la Halle au Drap; además de las prestigiosas donaciones, sus colecciones van a enriqu cerse aún más con el beneficio del depósito legal que le fue acordado en 1759. El Directorio cierra la universidad en 1795 y la Biblioteca Nacional de París se apropia sin prisa de 5 mil de los mejores volúmenes sufre otros pillajes en 1798 y ventas públicas en 1807. Pero en 1826 el establecimiento abre de nuevo y la biblioteca se organiza y se enriquece, lo que hace que en 1835, convertida en universidad católica, su catálogo aumente rápidamente de 60 mil a 250 mil ejemplares. En virtud de esto, 300 mil volúmenes serán destruidos en algunas horas el 25 de

La ciudad se había rendido para entonces y el ejército alemán, al mando del general von Boehn, la atravesaba por la noche: tenía cosas más importantes que hacer más lejos. Un tiro de fusil parte de una ventana. Puede tratarse de un reservista alemán que ha hecho fuego por error, y no de un francotirador; todavía se discute sobre ello. Pero la lev de la guerra es firme: cualquier casa en la que se haya disparado un tiro después de la rendición será arrasada y sus habitantes ejecutados. Nerviosismo, pánico generalizado: 1500 casas son incendiadas, 200 hombres fusilados, el resto de la población apresada. La ciudad es sólo un amontonamiento de carbón. Como ejemplo, los soldados comenzaron por la Halle, que contenía alrededor de mil incunables y cientos de manuscritos. El ejemplar original del Fabrica de Vesalio sobre la estructura del cuerpo humano termina en ese montón de cascajo, mezclado con "una enorme cantidad de papel quemado [...] incluyendo la carta fundacional de 1426 [...] sólo retiramos de entre las cenizas todavía calientes los cierres de cobre de viejos infolios", dice un testigo, Semejante acto "expresaba la rabia del alemán ante la resistencia de una pura idea", arriesgó Henri Bergson, mientras que Guillermo II, "moderno Nerón" según una tarjeta postal, enviaba este lacónico tele grama a Woodrow Wilson: "Lovaina ha sido justamente castigada."

Sea como sea, la institución resurgirá de la nada en 1928, gracias a

una novedad llamada ayuda internacional. Al gran esfuerzo alemán, que en el marco del tratado de Versalles envía entre 350 mil y 400 mil olúmenes, se suman los de Inglaterra y Japón: el emperador Hiroito ofrece un precioso fondo japonés, en el que se encuentra un manuscrito del siglo xI e incunables muy anteriores a Gutenberg. Gracias sobre todo a la ayuda de Estados Unidos, que aporta un sustancial conjunto de libros y la reconstrucción del edificio. Furore teutonico diruta, dono americano restituta, hizo grabar sobre la balaustrada de la fachada el arquitecto estadounidense Whitney Warren: "destruida por el delirio teutón, reconstruida por una donación americana". ¿El viejo cardenal Mercier había aceptado mansamente esta enormidad? El escándalo fue grande. Los buenos sentimientos se mezclaron con los malos: es, en efecto, difícil encarar una futura e indispensable colaboración universitaria con Alemania para una institución que ostentaba un epígrafe tan agraviante. ¿Pero quién grita más alto ese sentimiento tan acep-table? Lamentablemente, Léon Degrelle, rexista y futuro colaborador ardiente del nazismo. El poeta de la Acción Católica era ignorante en latín: fustiga un solecismo en la inscripción (según él correspondía el ablativo teutonica, salvo que furor es masculino) y concluye que la frase no ha sido sometida a la opinión del cardenal, quien la habría corregido. Mientras tanto la balaustrada había sido dañada por opositores nocturnos antes de ser colocada, luego fue reconstruida e instalada sin la necia mención.

Pacificada, completada, instalada, la gran biblioteca de Lovaina es el símbolo de la confraternidad occidental del saber y cuenta con más de un millón de obras. Que son enteramente destruidas en la noche del fo de mayo de 1940 por los artilleros alemanes. Parece que la torre de la Halle, que apunta al cielo encima de la biblioteca y que se asemeja tanto a la Giralda de Sevilla, les permite disparar con precisión los tiros. A las 5:30 de la mañana ya no quedaban libros intactos. Esta vez la Wehrmacht declinó toda responsabilidad con alarmante mala fe: después de la averiguación, los culpables resultan los británicos... como sin duda lo fueron en 1914. Bélgica era neutral pero estaba ubicada en el peor lugar del mundo para la neutralidad, por lo cual sus otras colecciones de libros sufrieron terribles desastres, incluso si lo que acababa de pasar en Polonia anunciaba a las claras la desgracia y permitía tomar algunas precauciones; sólo la Biblioteca Real quedará más o menos intacta. No les va tan bien a las de Saint-Trond, Gante o Tournai (71546 volúmenes centenarios perdidos de 75 mil).

Vayamos a Arrás: los benedictinos de Saint-Vaast habían instalado lujosamente sus libros, a los que se agregaron los de otras abadías de los alrededores, como la de los agustinos del monte Saint-Éloi, así como la de la academia de Arrás. En julio de 1915 los bombardeos destruyeron los 50 mil impresos, ya que la mayoría de los manuscritos habían sido trasladados a tiempo. Pero apenas lo reconstruyeron, el archivo fue nuevamente arruinado en 1940. La lista de bombardeos que destruyeron bibliotecas entre 1940 y 1944 es aterradora. Pero es también pesadamente repetitiva: biblioteca municipal de Tours, 200 mil libros destruidos; Beauvais, 42 mil; Douai, 110 mil volúmenes; Chartres, 23 mil, etcétera. En esta última ciudad se encontraba un tesoro de 2 mil manuscritos, entre ellos el Heptateuchon o libro de la enseñanza de las siete artes liberales, en el que Thierry de Chartres (1100-1150) introducía por primera vez un poco de ciencia (procedente del mundo árabe) en el mundo romano; esta biblioteca había sido resguardada, pero las fuerzas de ocupación, queriendo hacerse sentir, habían ordenado su regreso a su local de la municipalidad; una bomba perdida, probablemente inglesa, destruyó el archivo el 26 de mayo de 1944. Algunas páginas sólo se carbonizaron con el calor, y en la actualidad se intenta aplicar el método empleado en Herculano para hacer aparecer los tex-

Sólo en Francia 19 bibliotecas municipales y dos universitarias pierden dos millones de volúmenes. En la desierta biblioteca de Laon, cuyo pórtico "se ha desmoronado", el capitán Ernst Jünger se pasea el 12 de junio de 1940 en medio de manuscritos y autógrafos abandonados: "Me sentí en ese lugar tranquilo como una abeja en un trébol seco hasta que la noche comenzó a caer [...] esos tesoros son inestimables, no se los abandona, salvo que uno esté completamente vencido. Y agregaré que mientras tenía esas hojas en mis manos, apenas pensaba que valían millones, y eso se debe sin duda a que yo encarnaba en esa ciudad probablemente a la única persona que comprendió su verdadero valor." De manera bastante ambiguta, el poeta de acero confiesa que planea hacer resguardar "los documentos y los elzevirianos", luego cambia de parecer: "Entonces los dejé sin cerradura ni cerrojo, en su lugar."

Italia tiene el raro privilegio de recibir a la vez las bombas alemanas y las de los aliados, que logran en conjunto un resultado perfectamente indiferenciado: más de dos millones de impresos y 39 mil manuscritos desaparecidos. Por ejemplo, la Colombaria, biblioteca de la Academia de Ciencias y Letras, se perdió completamente en Florencia en 1944. Pero esta montaña de cenizas es poco en comparación con Gran Bretaña, donde se habla de 20 millones de libros quemados durante el blitz o destruidos por el agua de los bomberos, una cuarta parte de los cuales se perdió sólo en diciembre de 1940 en el barrio de los libreros de Londres, que el célebre incendio de 1666 no había podido desalojar: Paternoster Row. Se registran 150 mil pérdidas en Coventry, obras cuya calidad es tan impresionante para el público que el nombre de esta bella ciudad histórica cerca de Stratford-on-Avon engendró el terrible v efímero neologismo coventrated: la biblioteca había sido "coventreada". Adolf Hitler estaba persuadido de que sus lluvias de bombas llevarían a los ingleses a capitular. Los conocía mal. Así, incluso en los peores momentos del blitz, las bibliotecas nunca interrumpen los préstamos. Una anciana señora vino ayer, relata una bibliotecaria londinense, desconsolada porque no encontraba el libro que había pedido en préstamo: "Seguramente lo arrastré al barrer los escombros del techo", confesó.

Pero la idea un poco desordenada de Hitler no tardaría en ser retomada, para gran desventaja suya. Ya sin saber qué hacer, Churchil preconiza los bombardeos pesados y "sumamente devastadores"; en diciembre de 1942 tomará la decisión de "destruir la moral de la población civil enemiga, y, en especial, la de los obreros de las industrias". El resplandor de Dresde incendiándose se veía a 70 kilómetros; el efecto de las 10 mil toneladas de bombas incendiarias sobre Hamburgo a la una de la mañana del 27 de julio de 1943 elevó tanto la temperatura a 2 mil metros de altura que, luego de 20 minutos, la BAF debió interrumpir el trabajo. Ya contaba con el apoyo de la aviación estadounidense, cuyo notable aporte es que el raid tenía por primera vez nombre propio: operación Gomorra.⁴

En las calles la temperatura sobrepasó los mil grados centígrados.

Diez millones de libros de las colecciones públicas alemanas se quemaron como consecuencia de los bombardeos, es decir, y teniendo en cuenta las pérdidas privadas, que podemos imaginarnos, entre un cuarto y un tercio de los libros que existían entonces en el país. Entre las 131 ciudades bombardeadas, 30 fueron particularmente afectadas y doblemente castigadas, a tal punto que 27 de ellas perdieron la totalidad o una parte de sus bibliotecas, como Dresde, Leipzig, Darmstadt, Berlín, Francfort, Hamburgo, Munich, Münster, Stuttgart y Kassel. La lista de 24 ciudades elaborada por la Unesco es incompleta: hay que

agregar Breslau, Göttingen y Jena, mencionadas por Johnson. Y también Baden, donde la Badische Landesbibliothek perdió sus 350 mil ejemplares el 3 de septiembre de 1944 porque la burocracia no había autorizado el traslado a lugar seguro, como relata Hilda Stubbings en un ensayo sobre las bibliotecas bombardeadas. ¿Pero esta obra habla del mismo país? La única destrucción relevada por su estudio en Alemania (además de la quema de 1933) es Baden, donde, por el contrario, se pone el acento en los eficaces cuidados del personal de las bibliotecas alemanas para preservar las colecciones.

Los sótanos, aunque sean profundos, no pueden proteger los libros contra las bombas incendiarias. En Dresde, entre el 13 y el 15 de febrero de 1945 los bombardeos angloamericanos destruyeron totalmente el centro de la ciudad, 70 por ciento de su potencial industrial y causaron la muerte de 35 mil personas. ¿Cómo podrían haberse salvado sus tres importantes bibliotecas? Nos referimos a la Sächsische Landesbibliothek, de la provincia de Sajonia; la Stadtbibliothek, municipal, y la Verein für Erdkunde, de la Sociedad de Geografía. Entre el humo de las páginas quemadas se deslizaban los fantasmas de miles de incunables, como el de uno de los primeros libros ilustrados, impreso en París por Jehan Bonhomme, La Destruction de Troy, de Jacques Millet, de 1484. Y también el único ejemplar que quedaba de la edición de 1533 de Pantagruel, impreso por el editor François Juste.

Además de las amputaciones sufridas por las bibliotecas municipal y universitaria, la ciudad de Leipzig perdió también las 60 mil obras reunidas en el Museo del Libro, después de un ataque aéreo en 1943. Sin duda habría que consagrar a la génesis de cada uno de esos organismos aniquilados al menos un párrafo. Pero hay tantos y acumulados en tan pocos años que a uno le entran dudas sobre el interés de esa tarea. ¿Para qué leer o educarse cuando el mundo parece terminar, como sucedió durante la segunda guerra mundial? Así lo dice Claude Simon en La ruta de Flandes: "respondí que si el contenido de miles de libros de esta irremplazable biblioteca no había podido impedir que se produjeran cosas como el bombardeo que la destruyó, no comprendía bien qué pérdida representaba para la humanidad la desaparición bajo las bombas de fósforo de esos miles de libros y de papeles escritos, manifiestamente desprovistos de la menor utilidad. Seguía la lista detallada de los valores seguros, de los objetos de primera necesidad de los que tenemos aquí más urgencia que de todo el contenido de la célebre

biblioteca de Leipzig, a saber: calcetines, calzoncillos, ropa de lana, jabón, cigarrillos, salchichas, chocolate, azúcar, conservas..." Lucien Dällenbach replica de inmediato, en el posfacio mismo, que "si los libros se revelan como algo ridículo confrontados con la fuerza caótica de lo elemental, ¿para qué contar y escribir La ruta de Flandes?". También se muestra abatido Walter Mehring: en el momento del Anschluss, "en medio de los aullidos de los demonios que arrojaban sobre mí sus babas al fondo de cada calle", huye de Viena abandonando su biblioteca. "Me alejé para no ser convertido en estatua de sal, dejando tras de mí esa muralla protectora hecha de miles de volúmenes, edificada para mí por mi padre. Cada una de esas obras contenía un anatema lanzado por esa magia blanca gracias a la cual él, el hombre esclarecido, el ateo que creía en el progreso, se había considerado protegido contra el reino de los demonios y las tinieblas."5 Pero Jünger, por su lado, permanece inflexible: "Kirchhorst, 9 de abril de 1944. He pensado en las enormes masas de libros destruidas por los bombardeos. Los libros antiguos se harán menos frecuentes [...] Esto tendría incluso sus ventajas —como la de encauzar los espíritus hacia lo esencial [...] De una manera general, la formulación colectiva de la existencia provocará un vasto desarrollo de las bibliotecas públicas."6

Este derramamiento sobre las ciudades alemanas de un millón y medio de toneladas de hierro y fuego por los aliados constituyó un tema tabú para las dos generaciones que siguieron. Que esto haya pasado en Francia o entre los intelectuales británicos es fácil de imaginar, pero también sucedió en Alemania, como terminó por reconocer hace poco Winfried Georg Sebald, poco tiempo antes de su muerte accidental, en un ensayo que provocó algunas turbulencias en su país: Sobre la historia natural de la destrucción (Anagrama, Barcelona, 2003). La revisión de esta problemática amnesia abrió aparentemente una válvula, para bien o para mal; éste es el caso de Der Brand, de Jörg Friedrich.

Y durante todo este tiempo, en Japón la guerra del Pacífico (nombre oficial de la segunda guerra mundial, que tiene sabor a burla en inglés: Pacífic war) reducía a polvo una cantidad incalculable de bibliotecas y de libros, que arden como estopa si son anteriores a 1800. En Tokio los aviones del mundo libre hicieron 4 mil raids en un año y medio; ocho bibliotecas públicas fueron arrasadas, con sus respectivos inmuebles, el 75 por ciento dañado, y es la más grande de todas la que sufre más estragos: la Biblioteca Pública Hibiya; situada entre el palacio y el Hotel Imperial, esta institución creada en tiempo de los Meiji se

había beneficiado porque había comenzado a ser trasladada, primero en camiones, después en carros y finalmente en mochilas, pero todo esto no fue suficiente: los últimos 200 mil títulos desaparecieron en algunas horas. Se perdieron así 40 mil volúmenes en la Universidad Waseda, 69 mil en el Ministerio de Relaciones Exteriores, 15528 en la Oficina de Patentes, 46695 en la Biblioteca del Gabinete y la totalidad en el Ministerio de Agricultura y del Mar. Cuando el enemigo estadounidense desembarcó en 1945 quedaban sólo 5 millones de libros en todo el país. Al colaborar en la reconstrucción de las bibliotecas y del sistema educativo, el ocupante, azorado ante la complicación de la escritura, sugirió la idea de romanizar el japonés; terminaron por mandarlo a paseo.

Nazismo, holocausto

Si bien las catástrofes mencionadas anteriormente pueden considerarse como colaterales de "lo elemental", con ese incontrolable delirio de bombas y obuses que bajaron de un cielo anónimo como regalos de Navidad, los estragos causado por el nazismo tienen evidentemente otra envergadura y un significado claro.

Por la cantidad parece incluso que hay igualdad con el campo adversario si se acepta la cifra de 100 millones de volúmenes perdidos en la Unión Soviética presentada por un estudio de 1958, ⁸ pero habrá que volver sobre este punto. En cuanto a la calidad de la devastación, los datos provienen, por una fuente directa, de las elucubraciones de Hitler en 1925 y de las decisiones de 1933, año en el que se declara la guerra a la ⁴mihilización intelectual? y el recurso a la quema de libros sobre el cual se proyecta erigir una nueva humanidad. Hubo un precedente: ⁹ en 1817, en Jena, algunos estudiantes pangermanistas organizan en el castillo de la Wartburg una gran quema de libros. Pero la diferencia significativa es que se trataba de obras falsas, armadas en cuadernos de papel viejo, en cuya primera página el vergonzoso título estaba escrito a mano.

Hitler es nombrado canciller el 30 de enero de 1933. Desde el 2 de febrero toda publicación que pudiera contener informaciones inexactas queda prohibida. No se puede ser más directo; sólo faltaría también suprimir la palabra inexactas. Comienza en ese momento la preparación de la hoguera del 10 de mayo por parte de los bibliotecarios, mientras que la Liga de Combate por la Cultura Alemana transmite a las asociaciones de estudiantes las instrucciones para liberar al país del "veneno judeoasiático". En sus confidencias a Hermann Rauschning, el Führer afirmará: "Somos bárbaros y eso es lo que deseamos ser. Esa palabra es honorable." Pero es una ilusión: muchas bibliotecas serán también trasladadas con cuidado en toda Europa (352 mil libros bien elegidos sólo en las comunidades judías y eslavas de París), en total contradicción con la propaganda imbécil que fulmina esas quemas teatrales.

El 10 de mayo de 1933 a las 22 horas, en la plaza de la Ópera de Berlín, "una delegación de estudiantes desfiló, precedida por música de las Secciones de Asalto [...] estudiantes con el traje de gala de sus corporaciones, cada uno con una antorcha. Los bomberos rociaron la hoguera con petróleo y le prendieron fuego. Entonces los camiones llevaron los bibros y los estudiantes hicieron una cadena para echarlos a las llamas", (informó Le Temps el 12 de mayo de 1933). L'Illustration, por su parte:

Con cada nuevo paquete de libros arrojado a las llamas, una voz gritaba el nombre del autor incriminado y anunciaba la sentencia de ejecución:

Primer heraldo: contra el materialismo y la lucha de clases, por la unidad del pueblo y una concepción ideal de la vida, arrojo a las llamas los escritos de Marx y de Kautsky.

Segundo heraldo: contra la decadencia moral, por las buenas costumbres, por el espíritu de familia y por el espíritu de estado, arrojo a las llamas los escritos de Heinrich Mann, Ernst Gläser y Erich Kästner.

Tercer heraldo: contra los sentimientos mezquinos y la traición política hacia el pueblo y el estado, arrojo a las llamas los escritos de Friedrich Wilhelm Förster.

Cuarto heraldo: contra la corrupción espiritual, la exageración y una complicación malsana de la sexualidad, por el ennoblecimiento del alma humana, arrojo a las llamas los escritos de Sigmund Freud.

Quinto heraldo: contra la falsificación de nuestra historia y la profanación de las grandes figuras históricas, por el respeto de nuestro pasado, arrojo a las llamas los escritos de Emil Ludwig y de Werner Hegemann.

Sexto heraldo: contra los periodistas extranjeros y contra sus tendencias judaico-democráticas, por un trabajo consciente y una cooperación en la obra de la reconstrucción nacional, arrojo a las llamas los escritos de Theodor Wolff y de George Bernhard.

Séptimo heraldo: contra la traición literaria hacia los soldados de la gran guerra, por la educación del pueblo dentro de los principios sanos, arrojo a las llamas los escritos de Erich Maria Remarque.

Octavo heraldo: contra la mutilación de la lengua alemana, por el mantenimiento del precioso patrimonio de nuestro pueblo, arrojo a las llamas los escritos de Alfred Kerr.

Noveno heraldo: contra la desvergüenza y la arrogancia, por el respeto y la veneración de la inmortalidad del espíritu alemán, arrojo a las llamas los escritos de Tucholsky y de Ossietzky.

Entre los 20 mil a 25 mil ejemplares de esa noche, los libros de varios autores son arrojados a la hoguera, entre ellos Stefan Zweig. Según L'Illustration, ese pathos intitulado Feuersprüche, "adagios del fuego", habría venido de la mano de Goebbels en persona, quien llega al lugar a medianoche y, con un fondo de hurras, anuncia que "ha terminado el tiempo en que las basuras y las impurezas de la Asphaltitteratur ["literatur de la calle"] judía llenaba las bibliotecas y en el que la ciencia, atrincherada tras las doctrinas, estaba separada de la vida".

Es interesante que L'Illustration haya consagrado, por un lado, una página entera con fotografías al acontecimiento el 20 de mayo, señalando que los mismos actos se habían producido simultáneamente en varias grandes ciudades y que "a partir de ahora la libertad de pensamiento no existe más" en Alemania, y, por otro lado, haya publicado en su número del 1 de julio una segunda página completa intitulada "¿Cuáles fueron los libros quemados en Berlín?". En ese artículo, mucho más detallado a pesar de algunos errores menores, el autor compara esa hoguera con las de la Inquisición española y las de Savonarola; comenta con una agudeza destacable para un simple periodista las obras incriminadas y termina citando, por primera vez, la frase de una obra de teatro "subvencionada" de Hans Johst y destinada a la fama, aunque deformada: "cuando escucho pronunciar la palabra cultura, cargo mi Browning". Hay en todo esto un pequeño misterio: en esa magnífica revista, ni totalmente de izquierda ni declaradamente intelectual, ¿por qué de repente este verdadero trabajo de análisis, esta especie de grito de alerta firmado por una Irene Chevreuse cuyo nombre -más bien seudónimo- nunca volverá a aparecer? Puede establecerse la comparación con L'Intransigeant, que se conforma simplemente con la caricatura de Hitler vestido con una toga y sosteniendo una lira: "Nerón... de papel", dice el encabezado. Con la notable excepción de Romain Rolland o Barbusse, pocos intelectuales franceses se sensibilizaron en 1933 contra ese movimiento que anunciaba ruidosamente su posición y, peor aún, amenazaba sus derechos de autor. La famosa fascinación

ya se ejercía sin dudas; hay incluso un oscuro barón Robert Fabre-Luce, que aplaude esta iniciativa: "Las quemas de libros, que fueron representadas de manera ridícula como un pecado contra el espíritu, son, por el contrario, a mi entender, el símbolo de un renacimiento espiritual para todos aquellos que son sanos, nobles y honestos. "1º Sigmund Freud había dicho en sonar: "¿Solamente nuestros libros? En otro momento nos habrían quemado a nosotros junto con ellos." Joseph Roth emplea un tono más amargo: "Nosotros, los escritores alemanes de sangre judía, en estos días en que el humo de nuestros libros quemados sube hacia el cielo, debemos ante todo reconocer que estamos vencidos [...] Estábamos en la vanguardia de los defensores de Europa, y fuimos los primeros en caer." Pensamiento terrible, como suspendido en el vacío: en seis años Joseph Roth habrá muerto sin conocer la terrible realidad de su intuición.

Treinta hogueras similares se sucedieron entre el 10 de mayo y el 21 de junio, y provocaron en el extranjero la aparición de tres "bibliotecas de libros quemados", especializadas en obras de Voltaire, Einstein, Freud, Marx, Engels, Remarque, etcétera, así como los primeros estudios sobre el hitlerismo y los diarios alemanes de oposición. Primero en Londres en marzo de 1934, bajo la égida de la condesa Oxford y Asquith. Luego en París, en la deliciosa aldea de talleres de artistas llamada "Ciudad Florida", en el número 65 del boulevard Arago; la inauguración de la Deutsche Freiheitsbibliothek (Biblioteca Alemana de la Libertad) tuvo lugar el día del aniversario de la quema de libros en Berlín, bajo la presi-dencia de Heinrich Mann, André Gide, Romain Rolland, H. G. Wells y Lion Feuchtwanger. El brillante propagandista rojo Willi Münzenberg y el escritor Alfred Kantorowicz se encontraban entre los animadores; el primero de ellos terminará millonario en Moscú, el otro se irá a combatir en España. Lo absurdo de la historia hace que, una vez declarada la guerra, el "decreto del 18 de noviembre de 1939 relativo a las medidas a tomar respecto de los individuos peligrosos para la defensa nacional" provoque de inmediato el cierre de la biblioteca y la requisa por parte de la policía francesa de su acervo de 20 mil obras, de la cuales 1 400 hacen una discreta entrada a la Biblioteca Nacional apenas dos meses más tarde (todavía se busca el resto). Esa "donación de la prefectura de policía" lleva el número de orden 335 052 en el catálogo de adquisiciones de impresos; hay otras colecciones no identificadas, que parecen haberse adjuntado, consistentes en lo que entonces se etiquetaba globalmente como bolchevique: comuneros, revolucionarios, marxistas, comunistas franceses.

En cuanto a la tercera Freiheitsbibliothek, se encontraba en Nueva York, en el Brooklyn Jewish Center: 500 personas escuchan el discurso de Einstein el día de la apertura en diciembre de 1934, aunque la mayoría de la prensa estadounidense se adhiere al positive thinking: el pensamiento positivo: los nazis acabarán por comportarse como adultos una vez en el poder. Por otra parte, diez años más tarde, una misión¹¹ encargada de estudiar la situación de las bibliotecas europeas destruidas y la manera en que Estados Unidos podría jugar un papel en la reconstrucción del sistema educativo (a new problem for the civilized world, "un nuevo problema para un mundo civilizado") estimaba que los alemanes habían reaccionado con un espíritu de "represalias y castigo". Como si la vida fuera un eterno jardín de infantes.

Una sola vez un acto de pura venganza golpeará a los libros: en Nápoles, hacia el final. Un soldado alemán es abatido por un miembro de la resistencia italiana en la calle lateral de la biblioteca de la Sociedad Real. El domingo siguiente, el 19 de septiembre de 1943, varios camiones transportan escuadrones de Brandkommandos con bidones de petróleo. Penetran en la biblioteca, rocían con calma las salas de lectura y los estantes desde el piso hasta el techo y luego, al salir, lanzan granadas en todas las sa eimpiden que los bomberos se acerquen. Durante tres días 200 mil tesoros de la historia antigua del país se transforman en ceniza y fuego.

Apenas se apagaron las hogueras de 1933, Goebbels consagra con gran pompa "¡el Libro, arma del espíritu alemán!". El control sobre las bibliotecas públicas del Reich es tan fuerte que muchos de sus notables directores solicitan permanecer en sus puestos para prolongar su obra al servicio de la lectura o para no interrumpir sus propias investigaciones.¹² La literatura de propaganda más directa se instala entonces sobre sólidas y cooperativas estructuras, donde tratará de ocupar el enorme vacío dejado por la depuración sistemática de los autores destinados al fuego. Leo Löwenthal ironizará en 1983 con la idea de ver "el Fénix nazi ascender de las cenizas comunistas y judías".¹3

Las exacciones en las bibliotecas de los territorios ocupados son inmediatas y aún más brutales, sin carácter festivo. En enero de 1934, Alfred Rosemberg es el encargado del control de publicaciones, de propaganda y pronto de pillaje, ya que una cosa lleva a la otra. A pesar de la doble oposición que lo enfrenta en el primer aspecto a Goebbels y, por la rapiña, a un Goering que sólo quiere enriquecer sus colecciones perso-

nales, él demuestra una eficacia sin fallas. El Einsatzstab Rosenberg, ¹⁴ creado en 1939, está autorizado a inspeccionar todas las bibliotecas y otros establecimientos culturales y a confiscar todo a fin de realizar los objetivos del partido. Contrariamente a Goering, Rosemberg estimaba que las obras de arte son secundarias y ordenó que "todos los archivos y todo bien científico que pertenezca a nuestros opositores ideológicos sean puestos a mi disposición". ¹⁵ Pero estas bellas palabras ocultan sórdidas operaciones, incluso gestos desordenados. No siempre será fácil distinguir la censura del lucro ni de la bestialidad.

Y más aún cuando existía un cuarto móvil: el "geniecidio", que hace en el genio de un pueblo lo que el genocidio hace en su carne. Los hitlerianos aplican el primero y no el segundo allí donde necesitan mano de obra sin memoria y sin nombre; con los judíos se verá que recurrieron al segundo, lo que invita a la reflexión.

En Checoslovaquia, los estudiantes reciben en 1939 la orden de encontrar un trabajo manual definitivo en 48 horas. Un decreto del otoño de 1942 ordena a las bibliotecas universitarias entregar al ocupante cualquier obra antigua y edición original que tuvieran. Son especialmente buscadas las obras de escritores checos, sean o no contemporáneos, como el reformador del siglo xv Jan Hus, Alois Erassek, el poeta Victor Dieck. No sólo las obras de los escritores checos y judíos sino también las traducciones de cualquier autor inglés, francés o rusos er retiran de los estantes, que así deben quedar bastante vacíos en las 411 instituciones afectadas. El ministro de estado y Reichskommissar del protectorado, K. H. Frank, lo anunció desde el principio: "Los checos están hechos solamente para servir como obreros o peones de granjas." Igual que los polacos.

En Polonia, el 13 de diciembre de 1939, el Gauleiter de la Warthegau publica una orden según la cual cada biblioteca pública o privada debe ser declarada. Cuando están en regla, todas sus colecciones son requisadas y sometidas a la Buchsammelistelle, donde los expertos analizan a lo largo del día un acervo de dos millones de obras, para expedirlas a Berlín o a Posen (nombre alemán de Poznan), donde acababa de decidirse la creación de una "biblioteca de estado" no polaca. El resto es enviado al proceso de reciclado de papel usado. Y esto sucede en 102 bibliotecas, en Cracovia y en Varsovia, y sucede con los 38 mil bellos volúmenes del parlamento de Polonia; en cuanto a los archivos de la diócesis de Pelilin, ricos manuscritos del siglo XII sirven para alimentar

los hornos de una refinería de azúcar. El caso de Polonia es comparativamente el más grave de todos los países expoliados:¹⁶ cerca de 16 millones de volúmenes, de 70 a 80 por ciento del total, desaparecen de las bibliotecas públicas y el resto se reúne en un archivo único donde pierde su identidad; la mitad de las imprentas quedan fuera de uso. Durante cinco años ninguna publicación se autoriza (con todo, 1200 títulos encuentran el modo de aparecer clandestinamente), de modo explica con gran candor la Verordnungsblatt del 5 de noviembre de 1940— de poder satisfacer "las necesidades primitivas de entretenimiento y diversión, con el objetivo de distraer la atención de los círculos intelectuales de la conspiración y de los debates políticos, que p drían alentar el desarrollo de un sentimiento antialemán". El fin de la aberración fue aún peor: el levantamiento de Varsovia provocó la acción de los Brandkommandos, soldados del fuego cuya misión y especialidad consistía en el incendio de las bibliotecas. En octubre de 1944 la Krasinski desapareció con todos sus libros de los siglos xv a xvIII que habían sido reunidos en sus cinco sótanos después de ser arrancados de sus lugares de origen, o también la coleccción Rapperswil, un fondo considerable sobre la historia del país que los emigrantes habían acumulado trabajosamente en Suiza hasta el bendito día de 1918 en que la independencia de Polonia había permitido instalarlo en su patria. Los escuadrones incendiarios destruyeron también la Biblioteka Publiczna y sus 300 mil volúmenes en enero de 1945. Mientras tanto, los bibliotecarios de la Narodova, la nacional, habían trasladado laboriosamente a lugar seguro 170 mil obras con orden y bajo la conducción de los oficiales alemanes, que la incendiaron al partir.

En Eslovenia, todas las bibliotecas son expurgadas y el uso de la lengua eslovena es considerado un acto de sabotaje. En Belgrado, la Biblioteca Nacional es arrasada, cientos de miles de impresos y de manuscritos serbios son reducidos a cenizas. Atenas pierde la mayor parte de los libros de la universidad, los de los tres colegios estadounidenses contribuyen a su calefacción. En los Países Bajos, los daños serán los más ligeros: las fuerzas de ocupación se conforman con seleccionar las lecturas indeseables y encerrarlas en una "sala de venenos", homenaje involuntario a Chateaubriand.

La germanización orquestada de manera aplastante se parece al vandalismo más crudo, como por ejemplo en la propiedad-museo donde León Tolstói nació y vivió, Yásnaia Poliana. Los soldados la ocupan

durante seis semanas y aparentemente no hacen otra cosa que destruir todos los libros, manuscritos e incluso los desenterrados restos del autor de Anna Karenina. Idéntica desacralización es infligida a las casas de Pushkin y Chéjov, sin mencionar las de los músicos. Cuando un empleado del museo Tolstói proponía ir a buscar leños para la chimenea para poder conservar algunos libros, un oficial llamado Schwartz le respondió: "No necesitamos hacer fuego con los leños, vamos a quemar todo lo que se relacione con Tolstói." Parece que los alemanes respetan demasiado los libros rusos como para deshacerse de ellos de inmediato. O para enviarlos a su jefe si representan un valor comercial indiscutible, como relata el Obersturmführer Dr. Forster: "En Tzarskoye Selo, [en el] palacio del emperador Alejandro [...], una biblioteca que contiene entre 6 y 7 mil volúmenes en francés y más de 5 mil libros y manuscritos en ruso fueron sustraídos [...] Hemos tenido una buena cosecha en la biblioteca de la Academia de Ciencias de Ucrania, donde se encontraba un tesoro de rarísimos manuscritos de literatura persa, de Abisinia y China, crónicas de Rusia y de Ucrania, los primeros libros impresos por el primer impresor ruso, Iván Fiodorov [...] En Kharkov, varios miles de valiosos libros en ediciones de lujo fueron requisados de la biblioteca Korolenko y enviados a Berlín. El resto fue destruido. 17 La soldadesca arroja varias capas de enciclopedias a la calle principal, que estaba llena de lodo, para facilitar el desplazamiento de los vehículos militares. Es una imagen para conservar en la memoria, junto a la de los mongoles en Bagdad en 1258 y las carretas austriacas de 1785.

Los 646 mil volúmenes quemados en Smolenko o en las otras repúblicas parecen poca cosa al lado de los cuatro millones de Kiev. Ante el avance alemán, Stalin había decidido practicar en Ucrania la política de la tierra arrasada: todo lo que no puede llevarse debe destruirse. La rapidez de la Wehrmacht le impidió sin embargo llevar a cabo esta considerable tarea. Dos años más tarde, Hitler da exactamente la misma orden: podrán llevarse el autorretrato de Rembrandt, pero no las 19 200 bibliotecas del país. Esta vez la orden es ejecutada con impecable eficacia. Sin embargo, el 28 de abril de 1995 Alemania restituyó unos 700 volúmenes. ¿Parece poco? Pero a fines de los años cuarenta probablemente no quedaba mucho más: junto con los daños colaterales de las bombas aliadas hay que contar la destrucción de los libros expoliados que habían sido llevados a Berlín. Nada se pierde, en cierto sentido.

El plan nazi del libro es una maquinaria a la que nada escapa. Importantes bibliotecas parisinas fueron robadas en un santiamén. En 1875, los rusos de París habían constituido una biblioteca bastante considerable; Turgeniev la ayudó tanto que a su muerte se la bautiza con su nombre. Cuando contaba con unos 100 mil volúmenes, en 1938, obtuvo de la ciudad un local en una mansión en el número 11 de la rue de la Bûcherie. Dos años después el ejército de ocupación alemán realiza una oferta de compra de esos libros, que se rechaza. Entonces es saqueada. A fines de la guerra la mayor parte se encontrará en Polonia, y será arrasada a su vez por el ejército rojo. Por su lado, la rica biblioteca que los polacos habían erigido en París en 1838 se había instalado elegantemente 15 años después en una mansión del siglo xvII en el Quai d'Orléans. Apenas entró en París, la Gestapo tomó el lugar y, en junio de 1940, incautó las cajas de libros, archivos y mapas reunidos a lo largo de los años y los mandó a Poznan. Algunas restituciones parciales fueron consentidas en los años cincuenta, alrededor de 45 mil ejem-plares, mientras que una cantidad de libros, que habían ido y venido durante ese tiempo entre Varsovia y Moscú, quedaba en Polonia con la anuencia del Quai d'Orléans para recomponer los devastados estantes del país.

Finalmente, la colección ucraniana también excitaba la avidez del Reich: Hitler ya tenía su plan ruso. Simon Petliura, el ex presidente del directorio de la república ucraniana, que estaba en el exilio, había sido asesinado en París, en 1926, por un judío anarquista, sin duda para vengar a los muertos en los pogroms de Ucrania, y probablemente también como resultado de una oscura manipulación franco-soviética. Los inmigrantes fundaron entonces una biblioteca, que rápidamente contó con alrededor de 20 mil obras del desaparecido archivo del estado. Este centro mundial de Ucrania extramuros fue visitado por la Gestapo en diciembre de 1941 y puesto unter deutschem Schutz, "bajo protección alemana", y al mes siguiente su contenido fue enviado al otro lado del Rin. Pero la gente del ERR no le encontró ningún interés práctico y terminó, según parece, abandonada a su suerte, dispersa, almacenada en parte en Ratibor, olvidada. De tanto en tanto un investigador descubre una obra en los grandes archivos de Kiev, de Minsk o de Moscú. La biblioteca ucraniana Simon-Petlura funciona todavía, en la rue de Palestine, y tiene 57 obras preservadas.¹⁸ Paralelamente a estas tres importantes colecciones, cientos de bibliotecas fueron secuestradas a los rusos de París (Souvarine, Bukanov, Ossorgin, etcétera) y su destino se desconoce, al igual que el de las 71 cajas de libros de la Biblioteca

Checa y las 144 del International Institute of Social History de la rue Michelet.

La Biblioteca Nacional de Francia había enviado la mayor parte de sus más preciosas colecciones a castillos bordeleses. París podía dormir tranquila. El servicio alemán para la protección de las bibliotecas, el Bibliotheksschutz, se instaló confortablemente en el Hótel Louvois, frente a la Biblioteca Nacional, para poder ejecutar de la mejor manera su misión de censura y depredación, no sólo en la rue Richelieu sino en todas las colecciones públicas y privadas. Se promulgaron listas de prohibiciones (lista Bernhard, con 143 títulos y 700 mil ejemplares confiscados; listas Otto 1, 2 y 3, elaboradas con la colaboración sin duda obligada de las editoriales Hachette y Filipacchi, con alrededor de 3 mil títulos), que fueron impuestas hasta a los libreros de las orillas del Sena. Señalemos de pasada que cualquier traducción de Mein Kampf formaba parte de los libros prohibidos, sin duda para estimular a los lectores a que aprendieran alemán. Con excepción de los escritores célebres a los que perjudicó la fama, la Francia de los libros salió bastante indeme de la ocupación. Un destino que se compara a aquel, mucho más desolador, de las bibliotecas judías.

Si hubiera nacido un siglo más tarde, Heinrich Heine habría podido escribir: "donde se queman los hombres, se acaba por quemar los libros", y no lo contrario, que fue lo que hizo, creando una fórmula que se convirtió en un lugar común. Pero como era judío, desaforado y amigo del joven Karl Marx, no habría podido expresarse por mucho tiempo: las antologías de la era nazi, obligadas a incluir sus populares *liceder*, le agregaban la mención "autor desconocido".

Ahora bien, el paralelo que se impone entre el holocausto y la quema de libros terminará por evolucionar de manera curiosa.

En un primer momento, a partir de 1932, un efecto perverso del creciente racismo es que la gente que se siente amenazada quema sola sus bibliotecas. Así se descubre hasta qué punto se trata de una operación difícil y lenta, incluso en una estufa de calefacción; algunos de estos aficionados a la lectura arrojan sus libros desde los puentes, los pierden en los bosques o los envían por correo a direcciones inventadas. ¹⁹ Incluso antes de los pogroms, los judíos, más que los comunistas, los cosmopolitas y los librepensadores, saben que sus lecturas los traicionarán. En efecto, el libro en hebreo es relativamente fácil de reconocer, incluso para los policías (aunque, en la duda, también incautan

a Homero). El frenesí bibliofílico del Reich suscita el sarcasmo de los eruditos: "¡El nazi nos ha robado no sólo nuestros bienes materiales, sino también nuestra reputación de Gente del Libro!", escribe en 1939 Chaim Aron Kaplan en su diario.²⁰

Antes de 1939, en Polonia había 251 bibliotecas judías que reunían 1 650 000 volúmenes, más de la mitad de las obras de temas judaicos y hebraicos que había en Europa. Al lado de las grandes instituciones específicas como la Gran Sinagoga de Varsovia o los dos archivos de Vilnia, la Strashun (nombre de su fundador) y la Yiddisher, importantes masas de manuscritos e impresos en hebreo se encontraban en la Puliczna o en la nacional, en especial la colección Rapperswil. Evidentemente el fuego no hacía ninguna selección cuando arrasaba estas bibliotecas, como se ha visto. Los Brand Kommandos sabían muy bien lo que hacían al incendiar las sinagogas de Bedzin y de Poznan, así como sus libros, al igual que en Lublin: "Para nosotros era un particular orgullo destruir la academia talmúdica [...] arrojamos la gigantesca biblioteca fuera del edificio y la transportamos a la plaza del mercado para prenderle fuego, y se consumió en 20 horas. Los judíos de Lublin se habían reunido alrededor, y lloraban amargamente, al punto de que casi nos ensordecían con sus gritos. Habíamos traído música militar y con sus aullidos de alegría los soldados ahogaron los sollozos de los judíos."21 En otro lugar se ve a los soldados esperando con ansias que algún rabino trate de defender su inestimable Torá para dispararle y arrojarlo también a la hoguera. En la Strashun de Vilnia, el conservador y nieto del fundador prefiere suicidarse antes que colaborar con el inventario de la requisa, y deben sacar a dos estudiosos de prisión para hacerlo en su lugar. La consigna es bastante simple pero requiere un poco de conocimiento: todos los libros en hebreo impresos después de 1800 deben ser enviados al mortero, salvo si tratan sobre la historia y la naturaleza del judaísmo.

Pero demasiada eficacia provoca saturación. Ahora hay demasiadas Torás en Francfort: la pila de rollos apilados llega a tres metros en el sótano del instituto; se sugiere utilizar esos pergaminos para la encuadernación. Pero estas instrucciones no prosperan: un día, cinco cajas de libros raros se destruyen para hacer lugar en un tren a unos cerdos comprados en el mercado negro.

Si bien los fascistas italianos hacen una impresionante quema de libros judíos en Turín en 1938, en la plaza Carlina, el antisemitismo no es en verdad su fuerte. Incluso luego de su caída, el 16 de octubre de 1943, 1 041 personas del gheto de Roma se reúnen para ser —es la única vez que esta instrucción aparece por escrito—*liquidiert* en Auschwitz, mientras el papa cierra los ojos, probablemente para poder rezar mejor.

Dos días antes, la ERR termina de ocuparse de las bibliotecas de la sinagoga:22 la del colegio rabínico y sobre todo la de la comunidad, cuya reputación excita a los fantasmas, ya que no está catalogada; sus sucesivos responsables apenas elaboraron listas por orden de adquisición. Pero gracias a un examen realizado en 1934 por Isaia Sonne, se tiene la certeza de que estos fondos se remontaban a las primeras horas del cristianismo y de los césares, que se enriquecieron mucho durante la edad media y luego de las expulsiones de los judíos de España y de Sicilia, y que la edad de oro de la edición romana o veneciana del siglo xvı estaba allí ampliamente representada, entre otras cosas por un Talmud de 18 volúmenes de Daniel Bomberg. Una biblioteca de ensueño. Por otra parte, los hombres de la err llevan allí un mes, parece que con una actividad febril; puede verse a un teniente que, "con manos prudentes y meticulosas de bordadora de ropa fina, palpa, roza, acaricia papiros e incunables, hojea manuscritos y ediciones raras, recorre pergaminos y palimpsestos. La atención dosificada del tacto, la prudencia modulada del gesto son directamente proporcionales al valor del volumen. La mayoría de esas obras está escrita en alfabetos inmemoriales. Pero en cuanto se abre una página, los ojos del oficial se fijan en ella con el gesto de ciertos lectores particularmente entrenados, que saben de inmediato encontrar el lugar deseado, el pasaje revelador. En esas aristocráticas manos, como si hubieran sido sometidos a una tortura cruel y refinada, muy sutilmente sádica, los libros hablaron. Más tarde se supo que el oficial de la ss era un eminente especia-lista en paleografía y filología semíticas."²³ El 11 de octubre, este hombre telefonea abiertamente a la sociedad de transporte Otto y Rosoni, y al colgar dice a la secretaria del archivo que éste se halla incautado: si un solo libro falta, ella pagará con su vida. El presidente de la comunidad, Ugo Foa, recorre los ministerios para impedir el desastre. En vano. El 14, dos vagones de tren alemanes llegan sobre las vías del tranvía y llevan todo lo que es posible cargar, es decir más de 10 mil obras cuidadosamente apiladas y embaladas en papel kraft. Pero aun cuando los alemanes toman infinitas precauciones para ordenar el ma-terial en los vagones, los *facchini* de la empresa italiana encargados de bajar los libros hasta la calle tiran un cierto número de ellos por la ventana trasera a algunas personas que habían ido hasta allí. "Volveremos

a buscar el resto", advierten los oficiales de la ERR cuando el convoy se aleja. Pero no vuelven. Dos días después tiene lugar la *Judentazzia*, como producto de una prudente coincidencia, señalan los historiadores.

Estos libros serán objeto del más grande cuidado, sobre todo cuando las bombas comiencen a caer sobre Francfort; más de la mitad podrá más tarde volver a Roma (pero sólo lo harán 15 personas de aquella razzia). Las obras de tema judío ya no eran destruidas, es más, eran objeto de la avidez de los nazis: alrededor de 400 mil fueron reunidas en la nueva biblioteca de Poznan, donde se creó una cátedra sobre la "cues tión judía". La llamada biblioteca del Cuartel General de la Seguridad del Reich o RSHA, en Berlín, robó, acumuló y perdió aproximadamente 3 millones de obras sobre el judaísmo y otros temas de preocupación hitlerianos, como la masonería. Ése fue en particular el caso de los tesoros cabalísticos que Adolf Eichmann había hecho requisar en 1938 en Viena, donde la Israelitische Kultusgemeinde reunía en los años veinte un tercio de los incunables en hebreo conocidos, así como 625 manuscritos invaluables para los investigadores y para los bibliófilos, que tomaron el camino de Berlín en marzo de 1939 (seis fueron encontrados y restituidos a la comunidad judía de Viena hacia 1950, un séptimo fue requisado en fecha muy reciente por la aduana de Estados Unidos después de un remate: un sefer yetzirah o "libro de formación" del siglo xiv.²⁴ En 1939, todo aquello que, de los 200 mil a 300 mil volúmenes de la biblioteca, no había sido enviado a Alemania, fue des-

Por su parte, Rosenberg había recibido el 29 de enero de 1940 la orden directa del Führer de fundar después de la guerra, cerca del Chiemsee en Baviera, una universidad nazi: Die Hohe Schule, escue la superior cuyos departamentos cuidadosamente seleccionados serían Judaísmo, Masonería, Comunismo, Biología Racial, etcétera. Tuvo tiempo al menos para crear en Francfort el 26 de marzo de 1941 un parte esencial: el Erforschung der Judenfrage o Instituto de Investigaciones sobre el Judaísmo, que debía estimular "el estudio crítico de las bases espirituales y las tácticas de nuestro adversario ideológico". Gracias a su ERR, las bibliotecas saqueadas posibilitaron la acumulación de 550 mil obras en 1943 (y es sólo la mitad de lo que ya había sido requisado pero aún no llegaba), tantas como "nunca antes se han reunido". De ese botín, 700 cajas de libros provenían de la Alianza Israelita Universal, en la rue La Bruyére, en París; sólo se recuperará

una pequeña cantidad. Cinco bibliotecas de los Rothschild de París[†] se suman al acervo de la librería Lipschütz,[‡] [al de las escuelas rabínicas y otros patrimonios llevados desde Amsterdam (la Rosenthaliana y la Sefaradí, con 45 mil títulos), Salónica, Kiev, Vilnia o Riga.²⁵

Pero si Vichy trata codiciosamente de participar, Berlín le objeta que, ya que fue Alemania la que liberó a Europa de la dominación judía, tiene derecho a la "pobre indemnización" que le reporta el pillaje; por otra parte, los bienes judíos son en sí mismos mal habidos desde el comienzo: "Por ejemplo, el origen alemán de la riqueza judía está irrefutablemente establecido ante la historia en lo que respecta a la familia Rothschild."

Que quede claro: "La requisición de bienes culturales judíos sólo es una represalia relativamente insignificante contra el judío, nuestro adversario desde hace muchos años." ²³⁶

La err trabaja rápido: le bastan 15 días para vaciar los estantes parisinos, públicos y privados. Léon Blum "ama los libros bellos, las ideas poco frecuentes, la compañía de gente culta, vive en un bello apartamento una existencia refinada"." Pero de su "muy bella biblioteca" de repente no queda nada. Lo mismo que en la casa de Jean Zay, el 10 de enero de 1941, o en la de Georges Mandel la semana siguiente, o también en la de Jules Moch, Jules Romains, Marc Bloch, Tristan Bernard, Julien Benda y Henri Maspero, entre otros. La erre trabaja bien: la clasificación se respeta en tanto es posible. Así, en la Alianza Israelita las decenas de miles de obras que se pondrán en cajas son fotografiadas antes en sus estantes, metro por metro.

Johannes Pohl fue el hombre del momento. Este experto estudió en Jerusalén y recorre Europa para seleccionar en persona lo mejor de las bibliotecas judías para el Erforschung; deplora que, cuando les da la espalda, los oficiales sólo eligen las obras por sus lindas encuadernaciones. Se lo ve en Vilnia, donde sólo 20 mil obras de las 100 mil

[†]Colección Édouard de Rothschild, 6 mil volúmenes; Guy, 3 mil; Maurice, 6 mil; Robert, 10 mil; a ello se suman las 3 mil obras descubiertas en el pabellón de caza que la familia posee en Armainvillers. Y también 760 cajas de archivos centenarios del banco.

[‡] En total 20 mil obras. José Corti relata: "Sólo ocho días después de que el ejectio alemán llegara a París, sus equipos de transporte se precipitaron a la plaza Odéon para saquear la totalidad de sus libros, como si el saqueo de esta vieja librería hubiera sido uno de los objetivos más urgentes de la guerra de Hitler. Pero reconozco que Lipschütz era judío y poseía tesoros hebraicos."

que hay en las 300 sinagogas son lo bastante buenas para él; el resto se transforma en pasta de papel. Se lo ve en Salónica, nido de bibliófilos y de libreros desde que Don Gedalya fundó su editorial en hebreo y en ladino hacia 1513. La ciudad fue durante casi cinco siglos una especie de Jerusalén oculta, con el consentimiento de los sultanes otomanos. A pesar de siete enormes incendios que acabaron con las mejores colecciones, las casas rebosan allí de Pentateucos antiguos, Haggadot y Mahzorim, de rollos de manuscritos e iluminaciones, pero también de novelas judeoespañolas y compilaciones de Complas de los primeros tiempos de la imprenta. Herr Doctor Pohl deja sus instrucciones y su confianza a un equipo sabiamente compuesto por un poeta, un policía y un traductor armenio. Botín: otra vez 10 mil ejemplares escogidos; destino: Francfort.

El sueño de Rosenberg es convertido en eslogan por Pohl: Judenforschung ohne Juden, "estudios judíos sin judíos". Gracias a sus esfuerzos existió entre Poznan, Berlín y Francfort la más formidable colección de documentos en hebreo o sobre el mundo judío jamás reunida. Sobre la base de la extorsión y el exterminio de sus propietarios, mal catalogada y nunca instalada verdaderamente, esta biblioteca sobrehumana no servirá para nada y será en parte destruida por los bombardeos, y nuevamente saqueada. ¿Qué secreto filosófico, incluso filosofal, pensaban encontrar allí sus meticulosos iniciadores? Nadie parece haber estudiado este aspecto ambiguo de la pulsión bibliofílica del nacional socialismo, probablemente basada en un fantasma, sin duda un malentendido, que sería producido por la expresión "nuestro enemigo ideológico" de Rosenberg. Por otra parte, ¿no es posible imaginar que una inmersión tan sistemática en la rica cultura judía habría terminado por provocar lo contrario de lo que pretendía, digamos una falla en la hostilidad a priori de algún "estudiante"?

Cuando el omgus, es decir Eisenhower y sus hombres, ocuparon Francfort, 3 millones de libros robados por los nazis fueron reunidos en Offenbach en los locales de to Farben, el célebre cártel que no sólo había inventado el Zyklon B, sino que también había apoyado al debutante canciller Adolf Hitler. El capitán Seymour J. Pomrenze y su equipo redondearon las restituciones: el 75 por ciento de las obras habían reencontrado a sus propietarios a fines de 1946. Pero para el resto, como se trataba de bibliotecas salidas del Erforschung de Rosenberg, aparecieron múltiples delegaciones estadounidenses que comenzaron a merodear: se sa-

bía muy bien que nadie las reclamaría. Un profesor llamado Jerome Michael escribió sin ambages al Departamento de Estado: "Europa ya no es un centro de cultura y de espiritualidad judías, y es poco probable que algún día vuelva a serlo." La Fundación Estadounidense para la Reconstrucción de la Cultura Judía resistió moderadamente: "Cada vez que sepamos de algún propietario de, al menos, seis obras, haremos lo posible para encontrarlo, o a sus herederos", dice la secretaria general Hannah Arendt. "S Hubo entonces en total 150 mil libros huérfanos que tomaron el camino de las bibliotecas estadounidenses, principalmente la Biblioteca del Congreso, que había enviado una misión a Francfort desde principios de 1946.

Pero basta de esta búsqueda de las bibliotecas judías. Vista desde París, la realidad era mucho más sórdida y Jean Cassou escribió: "Judío es el nombre que se da al objeto de la agresión y de la depredación. Es judío lo que está destinado a ser expoliado, despedazado, destruido. En nuestro país, la gente de los bajos fondos llama a esto 'un cliente'. Pero en nuestro país la gente de los bajos fondos nunca pensó en conformar un inmenso sistema de pensamiento y extenderlo a todo el destino nacional." Y es un hecho que, paralelamente a las fastuosas expoliaciones de la ERR, finalmente convertida en la aspiradora de obras de arte de Goering, en enero de 1942 se organizó una subdivisión para saquear hasta a los más pobres: la м-Aktion, o Acción Muebles, destinada a secuestrar todos los bienes de los "judíos que han huido o que todavía se irán", en Holanda, Bélgica, Luxemburgo y Francia. La dirige un barón llamado Kurt von Behr, que se convirtió rápidamente en la vergüenza de su familia: fue anticuario en la avenida Tokio, lleva ahora uniformes de fantasía y reservó una mesa en Maxim's para todas las noches por dos años. Un verdadero "ladrón de guerra", señalará Marcel Lob, el detenido responsable de la selección de libros; se dice que no quedó una sola hoja de papel, ni una botella de leche a medio terminar, en ninguno de los 69619 apartamentos (38 mil en París) que él se jactaba de haber hecho vaciar.

En París, el contenido era llevado al "campo de Austerlitz", un edificio de cuatro pisos situado en el número 43 del Quai de la Gare, donde 400 prisioneros sacados de Drancy debían seleccionar pianos, joyas, vajilla, juguetes, etcétera. Había "todo tipo de productos, uno creía estar en las Galerías Lafayette",²⁹ de tanto en tanto "estos señores" venían a buscar un objeto para su amante, y había que envolverlo para regalo, en ocasiones dejaban una dirección donde llevarlo. Con

frecuencia los prisioneros debían descargar de los camiones sus propias posesiones, como relata un testigo del proceso Eichmann. Las colecciones del político alemán Norbert Marx, de Marc Bloch y del hijo de Émile Durkheim debieron encontrarse allí, probablemente en compañía de los "469 kilogramos" de la de Walter Benjamin, requisada en la calle Dombasle mientras el escritor corría hacia su muerte.3º El actor Robert Manuel, que también fue "bibliotecario" en Austerlitz, vio pasar y desaparecer su importante colección de programas de teatro del siglo xix, así como las bibliotecas de Gustave Cohen, Fernand Worms (todo el catálogo Lemerre) o de René Blum; llegó a seleccionar hasta 15 999 libros en una semana, los más bellos de los cuales se encontraban gran garaje situado en el número 104 de la rue de Richelieu, donde la casa Verdier-Dufour hacía una nueva selección y el resto se destruía. Los prisioneros realizaban también actos de sabotaje sistemático: una mujer relata que daba un martillazo a la tabla armónica de los pianos para que no pudieran sonar bien, Robert Manuel destruye un tomo de cada colección de obras completas y arranca una página cada buena obra aislada. Marcel Lob, por su parte, sustrae y disimula todo lo que le parece interesante en el plano bibliofílico o del pensamiento, como los grandes papeles de la colección Kra (un editor) o las notas y fichas del profesor Ascoli, pero agrega en su testimonio que todo desapareció en el fuego que puso fin a "esta original empresa", aunque "antes del incendio ya habían saqueado nuestros locales [...] primero los nazis y después la gente del barrio".31

De las magras riquezas, a menudo inservibles, reunidas por la Acción Muebles, 26984 vagones en 674 convoyes partieron hacia las regiones ocupadas al este de Alemania. Por el contrario, el patrimono cultural, por orden del Führer, se reservaba siempre a la err. Se sabe que el 12 de febrero de 1943, en Bélgica, 25 cajas de libros son trasladadas a un depósito especial en la rue de Livourne en Bruselas, desde el centro de selección de Amberes. Desde las bibliotecas judías de París se habían enviado hacia el Reich 442 cajas, el 8 de agosto de 1944, según el último informe de von Behr. Pero todos los trenes del mundo no hubieran bastado: cientos de miles de obras se quedaron en los andenes.

Apenas terminada la guerra, el gobierno provisional de Francia tiene como prioridad la restitución de los libros robados. En noviembre de 1944 se crea una "subcomisión del libro de la comisión de recuperación artística" (sc.L); la ordenanza del 11 de abril de 1945 fija los términos de la devolución: restituir a sus legítimos propietarios los libros identifica-

bles y atribuir el resto a las bibliotecas que hayan sufrido la guerra o la ocupación, sobre todo si se trata de obras de tipo "profesional". La idea de reequipar el país lo más rápido posible parece responder a una buena intención de organización, pero estas medidas parecen apresuradas y bastante cínicas. Se sabía que la gran mayoría de los propietarios de las bibliotecas no tenían ex libris y, sobre todo, que no volverían. Por este motivo el servicio de los bienes expoliados de Estrasburgo, que reunió cerca de un millón de obras tomadas por los alemanes y propietarios nunca podrán ser encontrados", preguntó en un francés tan defectuoso como apresurado "cuáles eran las reglas prácticas para la atribución o la venta de esos libros". El azar es objetivo: en la misma caja de los Archivos Nacionales se encuentra traspapelado el testimonio sobre una portera de la rue des Écouffes en París quien, como cientos de sus colegas, se apropia de los muebles de la habitación de los locatarios que la Gestapo acaba de llevarse. Y a una vecina que encuentra esta actitud un poco apresurada le dice: "Su suerte está echada" (un funcionario anotó con lápiz azul sobre la carta que recibe acerca de ese tema: "ver si es ella quien los ha denunciado").

"Hay pocas colecciones completas. Los alemanes han realizado la primera selección en el Quai de la Gare, la segunda en la rue de Richelieu. Además hubo libreros que compraron ejemplares. No hay que hacerse ilusiones sobre la calidad de las obras. Es cierto que muchos libros de valor fueron llevados a Alemania. Lo que nosotros hacemos tiene sobre todo un valor moral", dice un miembro de la comisión en septiembre de 1945. Mientras tanto, la scL ha ido a Francfort a buscar las colecciones robadas; trae de regreso una ridícula cantidad de obras (un millón) a causa de la complejidad de las redes de depósitos, de las destrucciones por bombas y de la obstrucción de los soviéticos. De ese millón, 700 mil libros carecían de propietario.32 Esto se agrega a los 300 mil ejemplares encontrados por Camille Bloch, miembro del instituto y jefe de la comisión de recuperación, en el garaje de la rue de Richelieu, y cuya selección se revela casi imposible: persuadidos de que sus posesiones permanecerían agrupadas y protegidas, "los expoliados pusieron su nombre en el primer volumen y omitieron hacerlo en los volúmenes siguientes"; de todos modos no hay personal para hacerlo.

Señalemos que la administración francesa aplicó al pasar el orden moral, que siempre está cerca de caer en el absurdo: "Las obras que presentan un carácter inmoral o pornográfico serán enviadas a la Entraide [el seguro popular de la época] que los venderá a beneficio de los expoliados, especificando que esos libros deberán ser destruidos." Y, de hecho, absolutamente ningún título que se aleje de la norma burguesa aparecerá en los cuidadosos e innombrables juicios de restitución de las bibliotecas, o más bien de puñados de libros, a sus derechohabientes. Comienza entonces un ballet de fantasmas que se parece un poco a una distribución de premios, o a una lotería: Vladimir Jankelevitch obtiene 45 volúmenes de filosofía más algunos libros rusos o de música; Jules Romains está ciertamente encantado de recuperar sus archivos personales, pero mucho menos del número de libros: 18 en total; la biblioteca Turgeniev recoge 2682 volúmenes, cuyo valor es de 390 mil francos; el Consistorio Israelita solamente algunos cientos. Es evidentemente más fácil reconocer lo que proviene de las instituciones que los bienes de los humildes, como un tal Lazare, que se lleva bajo el brazo una Biblia en dos volúmenes y seis libros de plegarias, por un valor de 200 francos, o el señor Bloch de Lyon: en total cuatro novelas de Kipling, el Paraíso perdido de Milton y los tomos 1, 2 y 4 de las obras completas de Shakespeare, editadas por Cassell en 1908, "con encuadernaciones de cuero rojo muy estropeadas".

Ya desierto el campo de Austerlitz, enmohecen en el depósito al borde del Sena pilas anónimas de libros sin porvenir, robados de la manera más sórdida a gente enviada a la muerte, o que había huido con las manos vacías. Un misterio impenetrable se abatió sobre el lugar. A causa de un bombardeo, el 23 de agosto de 1944 se desata un incendio y rápidamente desaparecen los osos de peluche, los cosy-corners y las novelas de Delly. Y también el inmueble que los guardaba, reconstruido en un abrir y certar de ojos por el propietario. Hasta el Quai de la Gare ha sido hoy rebautizado Panhard-et-Levassor, porque en París el automóvil siempre triunfa sobre el tren. Se comprueba entonces que hoy no queda el menor indicio de "lo que era en sí misma una operación de exterminio". 33 Y como el estado tiene un deber con la memoria solamente cuando la opinión pública se lo recuerda, con alarmante frivolidad se seleccionó esa zona para erigir la nueva Biblioteca Nacional de Francia. Algún supersticioso diría que esto no podía traerle buena suerte. **

[†] Esta actitud titubeante de París sumergió a W. G. Sebald en una perturbación lo bastante profunda como para decidir que al final de su último libro, llamado justamente Austerlitz, el terreno del depósito se deslice bajo el de la misma Biblioteca Nacional.

Fue necesario realizar esfuerzos faraónicos durantes trece meses para transportar (por senderos en los que los camiones patinaban tanto que fueron reemplazados por bueyes) los tesoros de Adolf Hitler al nevado escondite que él había elegido: una antigua mina de sal sobre Alt Aussee en Austria. No lejos de allí se encuentra su ciudad natal, Linz, en la que pensaba erigirse un museo a sí mismo con una Gran Biblioteca para vengarse de Viena, donde se había sentido insultado. El personal encargado de hacer volar todo a la llegada de los estadounidenses había abandonado el lugar y cuando éstos arribaron descubrieron en las galerías, además de 6755 cuadros de grandes maestros, las 119 cajas de libros personales del Führer (es decir que de las 16 mil obras que se supone que poseía, sólo hubo 3 mil o 4 mil volúmenes, de los que se conservan 1 200 en la sala de libros raros de la Biblioteca del Congreso, siempre la primera en los lugares interesantes)34 y las 237 cajas de obras destinadas a completarlos para el proyecto de Linz, que Rosenberg había hecho reunir. Dos hipótesis se verifican así. La primera es que estas colecciones eran en su mayoría las de los Rothschild, lo que seguramente simplificó la restitución y sacó a la superficie una idea paradójica: así como el gángster arribista no cesa de calzarse las pantuflas del burgués, ¿el antisemita se rodearía de bienes judíos? La segunda es que todos los informes, notas y correo que Hitler tuvo que leer durante el último año de su vida eran dactilografiados con una máquina especial en letras de 25 milímetros porque estaba en el límite de la ceguera. Todos estos libros habían recorrido Europa en todas direcciones y habían sido resguardados, inútilmente, con la obstinación de un escarabajo ciego.

En el preciso momento en que Alfred Rosenberg era colgado, en octubre de 1946, 3 millones de obras rescatadas estaban alojadas en las afueras de Francfort para ser seleccionadas y devueltas en la medida de lo posible a sus propietarios. El hombre era oriundo de Riga, en Letonia. A su ya dudoso apellido se sumaba el rumor de que su tátara-tátara abuela era judía. Ésta puede ser la razón por la que este teórico del nazismo exageró la nota del antisemitismo en sus editoriales y en sus discursos ante el Führer, que sin duda se engolosinaba al escucharlo. Algunos años después, los bibliotecarios suspiraban pensando que las ideas fijas de este hombre tan ordenado habían finalmente contribuido a evitar la destrucción de una incalculable cantidad de libros rozados por el Apocalipsis.

La vuelta al mundo de fin de siglo

En la URSS

Antes de que los bombardeos convirtieran en un humeante esqueleto el inmueble y una gran parte de sus libros, la Biblioteca Nacional de Prusia había logrado diseminar dos tercios de sus colecciones en 32 depósitos. En la rebanada de pastel que se cortaba en Berlín, el ejército rojo se apropió de 14 de estos depósitos, que contenían alrededor de 800 mil obras (se contaba la misma cantidad para los polacos, pero el doble para los estadounidenses), que permanecieron largos meses merced de la intemperie y otros peligros. En efecto, las "brigadas del libro", que se habían constituido para inspeccionar las bibliotecas de los alemanes, buscaban prioritariamente lo que los hitlerianos juzgaban "ideológicamente peligroso", luego todo lo que tocaba de lejos o de cerca al nazismo. Muchas otras instituciones alemanas habían caído bajo dominio soviético: así, 80 mil libros antiguos de la biblioteca Mar-tín Lutero se consideraron "sin interés" mientras que el Nietzsche Archive fue frenéticamente vaciado y luego puesto bajo llave, salvo los trabajos sobre Grecia antigua, considerados sin duda un inofensivo entretenimiento del "enemigo declarado de la clase obrera". La teniente general Margarita Rudomino, jefa de esas brigadas, no debe haber sido una mala persona después de todo: desbordaba de alegría si daba con una edición original de *Los papeles póstumos del Club Pic-kwick*, acompañada de una carta del autor.³⁵ Se bautiza a continuación con su nombre a la bibliotecas de obras en lenguas extranjeras de Moscú, destinada a destilar cultura a las masas, y luego, en nuestros días, probablemente a restituir algunas de las entre 11 y 12 millones de obras sacadas de Alemania, y de las cuales la mayor parte proviene de Francia. Lamentablemente apenas un tercio de esa cifra fue identificado y localizado, aun con el trabajo de investigadores tremendamen-te obstinados y astutos, como Patricia Grimsted, "la espía de los archivos", como la llaman con disgusto muchos responsables que ha metido en aprietos. Durante dos o tres generaciones no fue posible obtener ninguna información sobre el tema; incluso actualmente, cuando se menciona el tema del estado de las negociaciones franco-rusas sobre la restitución de las bibliotecas, o sólo el de las cifras reales y tentativas del inventario de ambos lados, sólo se obtiene del Quai d'Orsay la amable respuesta de que el asunto no es procedente; aparentemente no se ha formulado ningún pedido oficial. Sin duda era más urgente

recuperar los archivos del Segundo Buró, de la Seguridad Nacional o de las logias masónicas.

Como en el caso de la biblioteca Simon-Petlura, Moscú dispersó en varios establecimientos —hasta en la isla de Sajalín— el patrimonio de la Turgeniev, que recibió completa desde París vía Polonia. Desde hace unos años, Rusia comienza a aceptar la posibilidad de restituir a esta institución parisina, hoy instalada en la rue de Valence, una pequeña parte de lo que le pertenece. Luego de arduas negociaciones, 118 libros volvieron a sus estantes de origen; se trata de una pequeña victoria sobre el nazismo y también sobre el estalinismo, según sus entusiastas participantes. Pero el grueso de las colecciones nunca volverá: su "parte degenerada", es decir, decenas de miles de obras, fue quemada en 1955 por oficiales que obedecían órdenes, y que hoy han comenzado a testificar, y la misma suerte corrió el fondo de la Petlura en aras de la purificación. Es tiempo de confesiones. El director de bibliotecas del Ministerio de Cultura de Rusia admite que millones de obras del "trofeo literario" se pudren en este mismo momento bajo excrementos de paloma en una iglesia abandonada en Uzkoe, cerca de Moscú. Y Patricia Grimsted agrega que el fondo Léon Blum, Emmanuel Berl y otros más simplemente se encuentran en la biblioteca presidencial de Minsk.

La amplitud de los logros estalinianos va mucho más allá de la imaginación y los testigos apenas comienzan a hablar. Es probable que la política de gulag, purgas, procesos, pelotones y deportaciones en masa se acompañase de un recorte sistemático de la lectura en tanto fuente de identidad o futuro foco de desviación. Pero no se sabía hasta qué punto esto era verdad.

Los tártaros de la Horda de Oro fundaron el janato de Crimea en el siglo XIII. Este estado, anexado por Rusia en 1783, fue teatro de incesantes persecuciones hasta la deportación de sus habitantes en 1945, sospechosos de simpatizar con el enemigo durante la guerra. Stalin ordenó que fueran enviados a Uzbekistán con la absoluta prohibición de utilizar su propia lengua, mientras que todos sus monumentos, bibliotecas y archivos eran sistemáticamente destruidos en su país. Sólo se les autorizó el regreso a ese lugar sin memoria después de 1990.

Aunque Estonia ha sido administrada por distintas capitales extranjeras desde 1220, sus habitantes habían logrado mantener su lengua y su

cultura. Una literatura en estonio apareció en el siglo XIX. Las deportaciones en masa, organizadas por la URSS, provocaron el reemplazo de más de la mitad de la población por otros emigrantes forzados. Entre los libros de 769 bibliotecas públicas que existían en 1940, fueron declarados ilegales aquellos que provenían de una literatura que hubiera podido alentar la agitación social o las provocaciones, o hubiera propiciado la justificación de la explotación del hombre por el hombre e incitado al odio o al chauvinismo, así como a la guerra religiosa. Como consecuencia de ello se quemaron 2600000 obras y nada quedó de la literatura antigua en los estantes.

La Biblioteca Nacional de Lituania fue fundada en 1919 y en 1941 contaba con 200 mil volúmenes. De ellos, el ejército alemán elimina 19175. La URSS vuelve a ocupar el país y, durante la operación "limpiemos las bibliotecas de publicaciones ideológicamente peligrosas", se hacen desastres. Treinta toneladas de lecturas son enviadas a la fábrica de pasel de Petrasiunai sólo durante el año 1950. En tiempos normales, los libros van directamente a la caldera de la calefacción central de la institución, para beneficio de los que la utilizan. Éstos, por otro lado, sólo tienen un catálogo magro para inspeccionar: lo que no se ha quemado se guarda bajo cadenas en depósitos llamados de seguridad; se trata de decenas de miles de títulos. Debe señalarse que, paralelamente, Lituania es la república soviética que cuenta con más samizdat por habitante durante los años de plomo.

Dicen que Stalin iba a deportar a toda la población judía que vivía en la parte europea de la URSS a la lejana Siberia, pero murió justo antes de hacerlo. Desde 1936 el antisemitismo de estado era tan fuerte que los judíos rusos sólo conocieron una relativa tranquilidad durante los años de la guerra, cuando fueron utilizados para obtener la patente antifascista a nivel planetario. Pero desde 1943 la persecución recomenzó, al mismo tempo que la erradicación de la idea misma de judásmo: había demasiados judíos en la URSS, pero la idea de la cuestión judía no podía existir. Para remediar esta situación se hizo desaparecer todo libro donde se encontrara la más ligera alusión a su cultura, los discursos de Lenin a su favor fueron depurados, se llegó a prohibir un libro de geometría que mostraba dos triángulos superpuestos, marca evidente de propaganda sionista. El uso del hebreo había sido prohibido en los años veinte, luego se prohibió el yiddish. Se detuvo en masa a todos los escritores, periodistas y artistas judíos. La totalidad de su producción desapareció de libre-

rías y bibliotecas mientras que se acicateaba a la prensa en contra de los "sin patria" y de los "cosmopolitas", probablemente con la intención de preparar su exilio. Pero la tensión decayó repentinamente el 5 de marzo de 1953. Mientras que se retiraban por fin las botas al cadáver del Guía, la mayoría de las personalidades del régimen, como Jruschov o Andropov, de la Kob, se apresuraron a quemar los documentos comprometedores. Prácticamente nada quedó sobre los libros "proscritos que no deben utilizarse de nuevo". 36

"La mayor catástrofe del siglo en el mundo de las bibliotecas" (no sabemos cómo se compone el jurado que determina este honor) sobrevino a la Academia de Ciencias de la URSS en 1988.

Era un domingo (14 de febrero) a las 8 de la noche. El fuego se inició en el tercer piso, en la sala de periódicos. Cuando pudo controlarse, al caer la noche del día siguiente, 400 mil obras se habían reducido a cenizas, 3 600 000 se habían arruinado con el agua, la excesiva temperatura y el humo. Los bibliotecarios supieron de immediato que el fondo Baer (una colección de obras científicas extranjeras) se había perdido en gran parte; el resto se componía sobre todo de trabajos que se remontaban incluso al siglo xvII. El impacto sobre los rusos, muy amantes de los libros, fue terrible. Pero el desastre traumatizó aúm más a aquellos que persistían en la ilusión de la perfección del estado.

El primer artículo se publicó tres días después en la página 4 de la Sovietskaia Rossiia; era un suelto que llamaba la atención sobre el número anormalmente alto de incendios en la isla Vassilevski, donde se concentran los inmuebles universitarios y las instituciones guberna-mentales, entregados a la absoluta inercia de los funcionarios. Vladimir Filov, director de la biblioteca, respondió de manera perfectamente soviética en un sólido artículo oficial, al día siguiente, que solamente se habían quemado algunos puñados de periódicos y algunos libros de los años treinta, pero muy pocos. Los tiempos cambiaban, el lenguaje político impuesto comenzaba a presentar fisuras: algunas horas más tarde se supo que este hombre había sido súbitamente hospitalizado por problemas de salud, que sus servicios no habían considerado una buena idea pedir ayuda ni consejo a la vecina Biblioteca Nacional, y que, por el contrario, habían hecho venir un bulldozer para remover los restos de libros llenos de agua y escombros. Una multitud acudió al lugar y escaló las rejas para tratar de impedirlo, a pesar de las declaraciones de los desesperados funcionarios que sostenían que no había ningún libro en condiciones de ser salvado. El conductor del bulldozer

detuvo la máquina y se puso del lado de la gente, como un Potemkin aplastando un Chernobil.

Con un manifiesto en la radio, los habitantes de Leningrado fueron llamados a contribuir al secado de los libros en las cuerdas de ropa de sus casas: 800 mil ejemplares (algunos dicen que sólo 600 mil) fueron de ese modo restituidos a las colecciones, en tanto que uno de los vice-presidentes de la Academia de Ciencias tomaba la insólita iniciativa de pedir ayuda a bibliotecarios estadounidenses que habían vivido el desastre de Los Ángeles dos años antes. Fue necesaria la intervención del célebre Armand Hammer, magnate de la Occidental Petroleum que se había enriquecido con el marxismo-leninismo, para lograr que tres expertos (y ni uno más) llegaran nueve días más tarde. Entre tanto, 250 mil obras se expedían a los congeladores de las fábricas de tratamiento de pescado de los alrededores.

En China

En el siglo xx es otra vez China la que mantiene el récord de convulsiones y dramas en el capítulo de la historia del libro, y esta distinción se completa con un efecto a largo plazo. Los bombardeos, incendios, pillajes y confiscaciones debidos a la agresión japonesa han arrasado considerablemente las regiones del noreste: el 75 por ciento de las grandes bibliotecas públicas, universitarias y privadas se concentraban en la zona de los combates. Más de la mitad de los libros de la región fueron destruidos o robados, como los 400 mil volúmenes de la Dongfang Tushuguan instalada por The Commercial Press en Shanghai, incendiada con el Hanfenlou, la acumulación de libros raros de Song de Yuan, entre los que se encontraban los rescatados de Tianyige. O, durante el saqueo de Nankín, los manuscritos invaluables de la biblioteca psicológica del Jiangsu, que los soldados tardaron varios días en secuestrar antes de demoler el edificio. De 1925 a 1936, el número de bibliotecas públicas chinas había pasado de 502 a 4041, pero los tres años de guerra que siguieron hicieron desaparecer 2500 de golpe. Los bombardeos llegaban con idéntica eficacia a las colecciones privadas.

Pero obuses y saqueo no son los únicos responsables: muchas bibliotecas personales han sido quemadas a veces incluso por sus propietarios porque poseer un libro en inglés, o, lo que es lo mismo, "literatura antijaponesa", era un crimen penado con la muerte. Shakespeare o la Biblia, ¿no estaban escritos en la lengua de los enemigos? Y se sabía que los policías japoneses de los territorios ocupados eran terri-

blemente obstinados: hubieran podido "buscar un gato negro en una habitación oscura sabiendo que no estaba allí".37 El marasmo también impulsó los dueños de libros a venderlos para que fueran transformados en *huanhun zhi*, "papel vuelto a la vida"; por otro lado, los libreros ya vendían los libros sólo por peso. Este reciclado afectó a "toneladas de volúmenes bien impresos de clásicos, enciclopedias, obras poéticas, etcétera; el resultado de esta 'reencarnación' es que las obras de fines de la dinastía Manchú y de los primeros años de la república que habían sido muy comunes se convirtieron en rarezas [...] Sería bueno saber en qué libro reencarnaron los Analectos de Confucio, por ejemplo".38 En su derrota, los japoneses recordaron demasiado tarde transferir los restos de las grandes colecciones de libros de China: no tenían suficientes medios de transporte; pero a pesar de todo lograron llevarse 2 mil cajas de manuscritos de la Ciudad Prohibida y 107 de libros preciosos de la Biblioteca Nacional Central de Nankín.³⁹ Precisamente para evitar esto, las obras de referencia y en lenguas extranjeras que ésta contenía habían atravesado China en 1937 para seguir al gobierno a Chongqing en Sichuan y retornar tres años después. Jiang Fucong fue su primer director y, antes de partir para Taiwán en la desbandada del Kuomintang, se llevó con él gran parte de las colecciones. Este hombre fue un símbolo de universalidad cultural, un caso rarísimo en China: recordemos que conocimiento puede decirse en chino shu xiang, "perfume de libros", lo que acerca esta idea a las palabras de Richard Aungerville de Bury en el siglo xiv, cuando éste se deleitaba recorriendo las librerías parisinas, "más aromáticas que las tiendas de especias". Jiang se jactaba de sembrar su discurso de citas latinas o francesas; se entiende que se haya refugiado en Taipei, donde dirigió el museo: no habría durado mucho en la nueva China.

A pesar de una considerable donación de obras hecha por Estados Unidos, ³⁰ quedan en el continente apenas 940 bibliotecas públicas y universitarias a mediados de los años cuarenta, y menos libros aún en 1949 con la punción nacionalista. ⁴¹ Pero 30 años después de finalizados los conflictos, la situación se había degradado hasta niveles lamentables: mientras tanto se había desarrollado la saga maoísta, su aventurismo, sus devastaciones.

De modo bastante clásico, China comenzó por proceder a la "liberación" del Tíbet en 1949. La insurrección de Lhasa provocó en 1959 una represión feroz en la que 87 mil tibetanos fueron exterminados. Siguió una operación de "genicidio": alrededor de 6 mil monasterios, la mayoría de los cuales contaba con una biblioteca, fueron devastados, y los libros destruidos en el acto. Como en sus otras colonias (el Xinjiang y la Mongolia interior), Pekín recurrió recientemente a una receta de sumisión menos ruidosa, que consiste en hacer vivir en el lugar a diez chinos (de la etnia han) por cada nativo. Por esta razón, los gSung-bum, "colecciones de libros" en tibetano, deben buscarse en la India.

"De un gran desorden hay que obtener un orden de igual tamaño", enuncia en esencia el tortuoso Mao Tsé Tung cuando lanza a la juventud a las calles en el mes de agosto de 1966 para desembarazarse indirectamente de Liu Shaoqi. Al principio los estudiantes secundarios y universitarios hostigaban a sus profesores, luego a las autoridades universitarias; el asunto hubiera podido terminar allí, pero el 18 de agosto el mismo Mao se coloca el brazalete de la Guardia Roja y el 23 la primera plana del *Cotidiano del Pueblo* los felicita por barrer de esa manera "la suciedad de las viejas ideas y costumbres culturales de los explotadores". Luz verde para la anarquía: dos meses después 4922 de los 6843 sitios históricos de Pekín han sufrido algún daño, 33695 casas fueron saqueadas y registradas en busca de algún indicio que denote una actitud burguesa, los libros en primer término, las pinturas antiguas en segundo lugar. Siguen las provincias. Después de hacer pagar sus crímenes a las categorías "negras" —los campesinos ricos o los contrarrevolucionarios—, comienza el ataque a las "zonas grises"; los intelectuales: 140 mil pequineses deberán sufrir esta decisión, 7682 mori rán por ella. Como los integrantes de la Guardia Roja viajan a costa del estado, pueden recorrer toda China aplicando vigorosamente el pensamiento de Mao Tsé Tung, "directiva suprema", y accesoriamente éste puede pasar revista a 13 millones de ellos en tres meses desde su balcón de Tiananmen. Él quería solamente alejar a su rival político; hará falta el ejército para erradicar el nuevo cataclismo nacional que desató, como consecuencia del cual, al prolongarse tantos años el sabbat político, la cultura china se sometió a sangre y fuego por mucho más tiempo de lo que se cree.

Mao era bibliotecario en 1919 en Pekín. Allí hace su descubrimiento de Marx, dicen sus hagiógrafos con orgullo. Allí nació posiblemente su odio por los libros y los letrados, sin duda consecuencia de una frustración o de una humillación que desconocemos. Desde 1950 hubo que mas de libros considerados reaccionarios y enemigos del pueblo; "un signo de debilidad", se indigna noblemente *The New York Times*. Pero

se trata todavía de destrucciones tímidas, o poco publicitadas. A partir de 1963, Mao es fervorosamente ayudado por su esposa Jiang Qing, a quien cedió el ámbito de la cultura, ya que había sido actriz: uno tras otro los periódicos intelectuales y otras publicaciones universitarias son suprimidos. "Son más valiosos los trabajadores incultos que los explotadores sabios", es su leitmotiv. Y en una reunión de bibliotecarios: "La cultura del periodo entre el renacimiento y la revolución cultural en China puede calificarse de vacío total." Su inquietante acólito Zhang Chunqiao proclama en la biblioteca de Shanghai: "De los millones de libros que hay aquí, sólo dos estantes pueden conservarse." Yao Wenyuan, otro inefable miembro de los Cuatro, dice: "¡Quien adquiere conocimientos se convierte en burgués!" El propietario de una colección de libros es arrastrado por la calle con orejas de burro, golpeado en público hasta que confiesa sus faltas y enviado a realizar los trabajos más viles para los agricultores exultantes, ante quienes debe confesar su culpabilidad cada mañana si quiere comer. En esa situación sólo resta negarse a sí mismo; después de diez años de calvario Ba Jin escribió claramente cómo perdió la cabeza, y por un Ba Jin, cuántos otros enloquecieron sin abrir la boca.

Feliz, se decía, aquel que no tiene hijos que proteger: al menos puede suicidarse.

"De un régimen tan hostil a la acumulación del saber no puede esperarse respeto por las bibliotecas";4" es un hecho que si el intelectual, incluso si responde al poder, es rebajado al rango de calderero de la palabra al servicio de las masas, es decir del Partido, la biblioteca sólo puede ser considerada como máquina-herramienta. Para resumir el pensamiento de Zhang Chunquiao: antes de 1949 todos los libros chinos, salvo los marxistas, son feudales; de 1949 a 1966 la mayoría son revisionistas; en cuanto a lo que se imprime en el extranjero, todo es

¹Se puede leer su testimonio en una compilación de sus crónicas AI correr de la pluma; y mil detalles funestos que se omiten en Yan Jiaqi o Barbara Barnouin. Ba Jin hubiera preferido la creación de un musco. Finalmente esto se hizo, pero de manera infame; en una calle de Pekin una herrmosa casa antigua invita a los extranjeros ricos a beber un coctel en el sillón del poco atractivo Lin Biao, o bien a degustar una comida (lamentablemente excelente) servida por deslumbrantes doncellas con el uniforme de la Guardia Roja. El colmo del humor involuntario se alcanza con el nombre del restaurante: Xin hong zi, "la nueva actitud roja". No hace falta agregar que ese tipo de lugar sólo puede abrir con autorización del más alto nivel de la administración.

por fuerza capitalista, o también revisionista. Puede concluirse entones que de las instituciones de lectura pública o académica, millones de libros raros o menos raros que no concuerden con la política impuesta terminarán destruidos: en esa época nadie parece haberse preguntado de dónde salía el papel del pequeño libro rojo, cuyo número era semejante al de los jóvenes y adultos en un país que carece incluso de arroz. Lejos de las grandes ciudades el mensaje es comprendido de manera aún más radical: se quema todo de inmediato. Es el caso de Yunnan, de las bibliotecas públicas de Fujian, región donde 224 023 de las 464 964 ardieron, y del distrito de Jingzhou en Hubei, al oeste de Wuhan (400 mil libros y periódicos destruidos).⁴³ La provincia de Liaoning perdió 2.5 millones de obras a partir de mayo de 1966 "según estadísticas aún incompletas".44 En Lushan, en Jiangxi, la guardia roja elige la biblioteca para convertirla en cuartel: los empleados cambian de ocupación, los libros se apilan en espacios húmedos donde son comidos por insectos y alimañas; cuando el olor que producen se torne insoportable, los quema rán por completo. También es posible leer numerosos testimonios de ex guardias rojos, como el que dice: "Había sobre todo ídolos y libros: todos los libros —los amarillos, los negros, los venenosos— que habían sido confiscados en las bibliotecas de la ciudad a principios de julio y habían sido trasladados al Palacio de la Cultura de los Obreros. La mayoría eran viejos libros encuadernados a mano. El loto de oro, El sueño del pabellón rojo, A orillas del agua, La novela de los tres reinos, Los cuentos contados en un estudio: todos esperaban ser quemados. Poco después de las seis se derramaron 50 litros de kerosén sobre ellos y se les prendió fuego. Las llamas llegaron a una altura de dos pisos [...] Las llamas de la lucha de clases no se apagarán jamás."45 Las muy oficiales fotos tomadas por Li Zhensheng en el Heilongjiang fueron durante mucho tiempo secretas, al igual que otras, que terminarán por darse a conocer y por poner un rostro a esta "nación poblada de cómplices y de víctimas mudas". Muestran el odio necio, el placer público de humillar y destruir: "sesiones de lucha" alternan con quemas de escrituras budistas, que "sólo son flatulencias de perro", y bibliotecas destruidas: sólo los libros de pastas blandas son visibles, los otros han sido utilizados como proyectiles.4

Pero si bien los soldados de Mao estaban autorizados a destruir todo escrito que les caía entre manos —archivos, libros antiguos o extranjeros, caligrafías, etcétera—, no tenían acceso a todo. Por una parte estos grupos embrutecidos se dejaban a veces embarcar en discusiones ideo-

lógicas que terminaban por alejarlos de su objetivo inmediato, como fue el caso un día en Pekín: los bibliotecarios les dieron la razón y se pusieron a repetir consignas que decían en esencia: "¡hagamos el inventario de todos los documentos malos!", lo cual les permitió preservarlos. Otro día, un conservador tuvo la idea de recuperar la energía de los agitadores ofreciéndoles crear una sala de "Documentación de la revolución cultural", donde los jóvenes acumularon con convicción 230 cajas de panfletos entre septiembre de 1966 y agosto de 1968; del mismo modo, la famosa biblioteca de 200 mil volúmenes de los jesuitas en Zikawei fue atacada en 1966 por una banda rabiosa que acababa de saquear una escuela y una iglesia vecinas, donde habían quemado todos los libros que encontraron, pero el personal se apostó en las puertas y en las ventanas del edificio y lo defendió mediante la casuística (esos empleados fueron un poco más tarde perseguidos y asesinados, pero mientras tanto la colección fue resguardada"). ⁴⁷

Pero los bibliotecarios no eran los únicos en defenderse; también hubo cierta protección proveniente de las altas esferas del poder, donde había que administrar el caos de Mao. Para Tan Xianjin, director de la biblioteca de Pekín: "si Zhou Enlai no hubiera ordenado al ejército la defensa de la biblioteca contra un ataque de la Guardia Roja... temo

[†]Con sus espacios bien restaurados y la amplia sala de lectura creada en lugar de los aposentos del superior, constituye desde 2003 una parte de la biblioteca de Shanghai, que obtuvo 20 mil ejemplares del fondo chino —cuyo catálogo, que existía en los años treinta, desapareció en un momento muy oportunodejó a disposición de cualquiera 80 mil obras en lenguas extranjeras, a las que se agregan las de la Royal Asiatic Society, su homóloga británica (cuyo edificio deberá abrir sus puertas como reservorio de los grandes manuscritos chinos). Al recorrer los estantes de época de la Zikawei puede verse el Diccionario de chino, francés y latín, publicado por orden de su majestad el emperador y rey Napoleón el grande, París, Imprimerie Impériale, 1813, tan voluminoso que una edición amputada del francés apareció en Hong Kong pero se quemó casi por completo en 1863; el *Quartum Scriptum Oxoniense Doctoris subtilis Joanis Duns Scotis*, Venecia, 1515; o también, de Pierre-Martial Cibot, una *Carta de Pekín sobre el genio de la* lengua china, Bruselas, 1773, que intenta nada menos que establecer el parentes-co entre ideogramas y jeroglíficos. Perdidos en kilómetros de sermones y otros títulos tan edificantes como inutilizables, surge uno de los primeros álbumes de Benjamin Rabiere e incontables obras célebres por figurar en el Index, así como una pared completa de anuarios de China de la primera mitad del siglo xx, fuentes inapreciables para un historiador. La paradoja es entonces que el mérito de la preservación y la apertura a la investigación de la única biblioteca jesuita del mundo intacta en líneas generales corresponde a la China comunista.

imaginar lo que habría sucedido". 48 Era el 7 de diciembre de 1967. La guardia permanecerá en el lugar un año entero antes de ser reemplazada por una *jungong xuandui*; estas "brigadas de propaganda de obre-ros y soldados" ⁴⁹ eran milicias creadas para acallar a los jóvenes rojos que se resistían a retomar sus estudios. Gran parte de las colecciones más preciosas habían sido guardadas en cajas por orden del Ministerio de Cultura desde mayo de 1966, mucho antes del comienzo de los disturbios, y trasladadas a las instituciones de la provincia de Gansu y de Mongolia interior, ya fuera porque se consideraba la posibilidad de una guerra contra la URSS, ya fuera porque se sabía en las altas esferas lo que acontecería. En general se estima que la mayoría de las bibliotecas de las grandes ciudades fue clausurada durante tres o seis años, tan inaccesibles a los lectores como a los saqueadores. Hubo algunas que permanecieron abiertas como trampas: el departamento de impresos occidentales esperaba al imprudente que vendría por una obra occidental para denunciarlo en el acto. Pero en realidad carecemos de información precisa: este periodo de la historia de China es tabú y aún es imposible hacer hablar a los testigos, que son cada vez más escasos. Por ello es lamentable que nadie haya recogido las confidencias del excepcional Gu Tinglong, quien presidió la biblioteca de Shanghai y murió casi centenario en 1998: en los años cincuenta recorría con sus ayudantes las fábricas de pasta de papel para salvar in extremis los árboles genealógicos de decenas de miles de familias chinas (hoy constituyen 47 mil volúmenes inestimables para los investigadores), enseñaba caligrafía a sus empleados durante la pausa del almuerzo y fue sin duda incómodo testigo de la rocambolesca purga de la institución realizada por Zhang Chunqiao cuando, todopoderoso gracias a la revolución cultural, eliminó a 50 de los 360 bibliotecarios que podrían haber conocido el texto anticomunista que había escrito él mismo años antes con el seudónimo de Di Ke.

En 1976 desaparecieron simultáneamente Mao Tsé Tung y la Banda de los Cuatro. Mientras las autoridades mostraban al resto del mundo las imágenes de los chinos llorando por la muerte del primero, todo el país organizaba frenéticos banquetes para festejar la encarcelación de los segundos: ocho días después no queda una sola gota de alcohol en Pekín. El entierro oficial de la revolución cultural fue sin embargo seguido de un largo y viscoso oscurantismo: en 1979 China pasa directamente de "combatir las cuatro antigüedades" a "pelear por las cuatro modernizaciones" y el rápidamente olvidado presidente Hua Guofeng afirma

muy serio que se construirán bibliotecas "al servicio de la investigación científica y de las masas"; sin embargo la propaganda funciona, aun con datos incomprobables: "La administración de museos y reliquias culturales ha restituido dos millones de libros a sus antiguos propietarios."50

A pesar de la excitación de los nuevos tiempos, que daría origen al nuevo eslogan de los jerarcas inventado luego de la masacre de Tiananmen en 1989: "háganse ricos" (sobreentendiendo "y déjennos en paz"), la desgracia de China se ha consumado.

Durante diez años el país careció de bibliotecas públicas o privadas, de educación y de lectura. La recuperación de estas actividades ha llevado diez años suplementarios para volver a proyectar una imagen de eficiencia; así, las bibliotecas públicas y de investigación has sufrido particularmente este periodo sin verdadera edición, sin adquisiciones ni comunicación con el extranjero, sin formación ni catalogación. Accesoriamente, si se puede decir, la falta de cerebros a nivel nacional se apoyó en la sumisión de todos los intelectuales, que sólo pudieron morir o rebajarse a sí mismos. Entre otras consecuencias de este inusitado periodo, no deja de sorprender hoy la colosal baja del nivel cultural de la juventud china que, por primera vez en la historia del país, está en gran medida alejada de su pasado, al punto de que un estudiante sólo puede leer con grandes dificultades un ensayo literario de los años treinta. "Nuestros padres no tenían nada que enseñarnos", suele escucharse.

Luego de 22 siglos, Qin Shi Huangdi tuvo éxito en su operación de tabla rasa.

En Camboya

Si bien la lógica implacable de los hong xiao bing, los soldados rojos de Mao, ha contribuido en gran medida a la ruina nacional, la complejidad de la sociedad china tradicional y la extensión del territorio no les han permitido ir tan terriblemente lejos como sus homólogos del Angkar.

En una Camboya con el poder aniquilado por las maquinaciones estadounidenses y su propia incompetencia, las bandas de los jemeres rojos ejercieron de repente a partir de 1975 un absolutismo sanguinario de tres años, durante los cuales un tercio de la población encontró la muerte en un clima alucinante en el que los niños eran considerados "instrumentos de la dictadura del partido". Solamente los maestros que lograron hacerse pasar por imbéciles pudieron escapar; los otros tenían derecho a la bolsa de plástico. La estrategia de Saloth Sar, llamado Pol Pot, o de Kjieu Thirith, su "ministro de acción social", era la conformar un ejército de adolescentes educados en el odio de toda referencia a la antigua sociedad: ancestros, budistas, profesores y hasta sus propios padres. Como consecuencia de ese principio, 5 857 escuelas, 1 987 pagodas, 108 mezquitas e iglesias y 796 hospitales fueron destruidos. Se declaró la guerra al papel: la moneda fue suprimida, así como los documentos de identidad; poseer una fotografía implicaba la muerte. Evidentemente, los libros se convirtieron en enemigos mortales, fácilmente identificable ya que estaban manuscritos en hojas de palmera de la vieja cultura, o eran impresos extranjeros y, desde los primeros días de este sorprendente episodio único en el mundo que es la evacuación de Phnom Penh, jóvenes vestidos de negro asaltaron las bibliotecas. Primero la Biblioteca Nacional. "En el patio, una montaña de papel quemado, de la cual emergían las encuadernaciones rojas, verdes o blancas, que no habían terminado de consumirse. Hojas arrancadas estaban dispersas en las escaleras y el suelo de todas las salas. Los preciosos documentos que los eruditos venían a consultar de todas partes del mundo estaban pisoteados, empapados por las lluvias que habían caído los días precedentes, manchados de barro, destrozados, dispersos por el jardín y la calle, delante de la fachada [...] En el Instituto Budista, uno de los centros de estudio más importantes del país, los 70 mil volúmenes de documentos en jemer y en pali habían sido reducidos a cenizas y despedazados. Lo mismo sucedió con las facultades de letras, ciencias, pedagogía: gigantescas cantidades de libros habían alimentado una hoguera cerca de la sala de conferencias Chakdomukh."

Este relato⁵¹ "en caliente" data apenas de 1976. Para cuando la opinión internacional comprendió que la realidad superaba las peores exageraciones, Camboya había sido olvidada.

En Sri Lanka

El colonialismo siempre deja a su paso bombas activadas. Es lo que ocurrió con los británicos cuando importaron cantidades masivas de mano de obra tamul en el siglo x1x, para sus plantaciones de café y té de Ceilán.

El 31 de mayo y el 1 de junio de 1981 una cohorte de policías encabezados por dos ministros según algunos, una multitud de maleantes no identificados según el gobierno, ataca la biblioteca de Jaffna e incendia el edifico de dos pisos donde 97 mil volúmenes de papel y oles, entre los que se encontraban 150 tratados manuscritos de herbolaria seculares y el único ejemplar del Yalpanam Vaipavama, una historia de Jaffna, desaparecen entre las llamas junto con las oficinas y el material del diario independentista Tamil Eelamadu.

Veinte años después las autoridades lanzaron una campaña nacional "Un libro, un ladrillo", que permitió reconstruir y reconstituir el establecimiento, pero los Tigres se oponen a esta reapertura si el asalto de 1981 no es objeto de una exposición permanente. Pero eso supondría la dimisión del consejo municipal tamul (moderados).

En marzo de 2003, el ejército protegía aún el edificio que, prudentemente y por tiempo indeterminado, estaba cerrado.

En Cachemira

Esté maravilloso valle montañoso cuyo nombre evoca el lujo y la elegancia fue considerado a menudo la prueba de que el paraíso existe sobre la tierra. Situado entre India y Pakistán, bajo la neutral vigilancia de China, que consiste sobre todo en proveer grandes cantidades de armas a Islamabad, se ha convertido en un paraíso de violencia y sangre, con asesinatos en las calles y destrucción de bibliotecas, un fenómeno que presenta aquí la singularidad de ser permanente.

Sobre el estante del mundo, en la parte occidental del Himalaya, las particularidades étnicas de Cachemira fueron respetadas durante mucho tiempo por los conquistadores árabes, hasta su islamización tardía con la llegada del místico Alí Hamadhani, en 1372. El terror comenzó en el siglo xy con Sikandar, sultán desde 1394 hasta 1416, y con la conversión forzada de los hindúes con el fin de anular la influencia de los pandits kashmiris, sabios y eruditos de la vieja cultura sánscrita del Sharda Peeth (o "crisol del conocimiento", nombre sagrado del Kashmir).

Entonces Sikandar "quemaba los libros, saklan pustakan, dice el poeta Srivar, como el fuego devora el heno [...] Todos los centelleantes objetos del saber afrontaron su destrucción como los lotos sufren la helada en invierno". 5º El sánscrito fue prohibido, luego el persa, que los pandits consideran su segunda lengua. Las leyendas se acumularon y crecieron: se dice que los embarcaderos del lago Anchar se montaron sobre pilas de libros condenados.

Pero aquí el paso de los siglos no ha jugado su habitual papel apaciguador: los asaltos islámicos a las bibliotecas nunca han cesado, fomentados por la incesante presión de los agentes paquistaníes. Sin embargo, el campo intelectual se ha expandido notablemente: los escritos de G. B. Shaw, Milton, Shakespeare y del más insoportable de todos, Darwin, se han encontrado recientemente en el brasero con los de escritores nacionales: Jonrai, Somanad, Utpaldey, Kshemendra y otros.

Desde 1998 las fechorías del Jamaatilslami se realizan a plena luz del día en las universidades, incluso en las librerías, como la que fue saqueada en Batamalu, la cual se especializaba en obras de Marx y Engels, y en la que Jean-Paul Sartre estaba más que bien representado.

El nuevo nombre oficial del país indica ya que el "Jammu & Kashmir" nunca conocerá la paz. Habría que rebautizarlo "crisol de demencia". En Srinagar se encuentra un tal Abdur Rahman Kondu, que acaba de fundar un centro de investigaciones islámicas al que donó sus libros personales para compensar las destrucciones que aparentemente sólo él denuncia, de las bibliotecas del Madinat al Ulum en Hazratbal y del Islamiya College en Srinagar.

El enfrentamiento entre el Corán y *El capital* podría parecer pasado de moda, pero no es así.⁵³

En Cuba

En el verano de 2001, un grupúsculo de bibliotecarios que se divertían en Cuba solicitó un libro de George Orwell. Los únicos tres ejemplares de la isla se encontraban en la Biblioteca Nacional, donde se les informó que no podían ser consultados: el director tenía la intención de escribir un ensayo sobre este autor y los tenía en su despacho. Cuba está a la vanguardia del progreso tecnológico: el único servidor de internet es estatal.

Hace más de 40 años que Fidel Castro dijo a los intelectuales todo lo que había que decir: "Dentro de la revolución, todo. Fuera de la revolución, ada." El resultado se ve en las librerías y en los tres millones de volúmenes de las bibliotecas: el universo conocido se reduce grosso modo a la vida y obra de Ernesto Guevara o a la de sus allegados políticos. En noviembre de 1999, murmura un periodista local, cientos de obras donadas por España se destruyeron cuando llegaron a la isla.

El poder actual ha cometido en sus comienzos la grave falta de enseñar a leer y a escribir a todos los cubanos. Éstos, entonces, quieren más. Como consecuencia existe hoy una red de libreros aficionados que se aprovisionan, no se sabe cómo, y proveen la lectura casera, a riesgo de su seguridad personal. A pesar de las molestias, requisiciones y prisiones que sufren permanentemente, estos inconscientes eran 18 en 1999 y alrededor de 60 en 2003. Los veraneantes europeos se aseguran de este modo la posibilidad de encontrar un ejemplar de Rebelión en la granja para lecr en la piscina.

En Francia

Los zuavos de Lamoricière nunca habían escuchado hablar de la mala conducta de los cruzados de Trípoli en 1109. Sin embargo, actuaron exactamente de la misma forma en Constantina en 1837: "Las obras de las bibliotecas privadas fueron arrojadas a la calle, aplastadas, rasgadas, pisoteadas por una soldadesca desaforada que veía con odio 'Alcoranes' en cada escrito en árabe, por ejemplo en la preciosa traducción de una obra de Galeno [...] Algunas obras recuperadas por un oficial culto, que las envió escoltadas a Argel, terminaron quemadas en el camino por los soldados que querían luchar contra los rigores del frio", dice Sadek Hadjerès, ex dirigente comunista, agregando que todo eso responde a los sabios consejos de Tocqueville: un país conquistado debe ser saqueado.

Por otra parte, los "comandos Delta" de la oas recordaban las hazañas de Lamoricière y otros nobles conquistadores cuando asaltaron la biblioteca de la universidad de Argel y la municipal de Orán, al día siguiente de la fecha (6 de junio de 1962) en que Jouhaud ordenó a Salan el fin de los atentados, como si la muerte de los libros representara para ellos elevar la apuesta sobre la muerte de personas, o la batalla final antes de abandonar el país. Samir Hachani, profesor asistente de biblioteconomía en la universidad de Argel, cree poder asegurar cuántos volúmenes desaparecieron después del incendio: 252 258, es decir alrededor de la mitad del fondo (la prensa hablaba sólo de 60 mill). La pasividad en el combate contra el fuego le parece tan criminal como el atentado; el hombre de la calle pensaba así: "No partiremos dejando aquí todo lo que nuestros padres han construido." Pero agrega que, luego de sus investigaciones, algunos miles de libros raros, manuscritos de finales del siglo xv y documentos de valor habían sido transferidos con discreción hacia la metrópolis en cuanto comenzó la cuenta regresiva de la independencia. Estas piezas se habrían trasladado al Centro de Archivos de

Ultramar en Aix-en-Provence,⁵⁴ que declara por su parte no tener ningún conocimiento ni participación en el episodio.

Unos 30 años después de este verano argelino, el partido llamado Frente Nacional abordaba las municipalidades meridionales como si fueran las cuentas de un rosario, y comenzaba a deformar el catálogo de las bibliotecas públicas suprimiendo la "literatura tropical", las tendencias "monomaniacas" y las suscripciones al diario Libération. "Es tiempo de barrer bien las bibliotecas", proclama el alcalde de Orange, donde un pase de varita mágica hace aparecer en los estantes documentos que hasta entonces se habían evitado como la peste. 55 Como denuncia entonces Gilles Lacroix, la apariencia democrática de un "pluralismo descarriado" hace que, según la retórica frentista, "un libro racista debe equilibrar un libro antirracista". 56

El Ministerio de Cultura se vio obligado a enviar una misión de inspección y garabateó dos informes puramente teóricos que invitaban ecuménicamente a todos los involucrados a reflexionar sobre la cuestión: ¿la libertad de expresión incluye el derecho a la infamia? La respuesta correcta era: sí, para el 18 por ciento del total, pero eso sólo quedó claro en 2002 cuando, al desmembrarse la izquierda, un francés de cada cinco se declaraba seducido por la extrema derecha. Hay que prestar atención a las tres ciudades que han vendido su alma al diablo: en las bibliotecas municipales de Orange, Vitrolles y Marignane se comprueba la "desaparición casi total del personal calificado", una baja drástica de los presupuestos y de la asistencia (8 por ciento de la población de Orange contra el 60 por ciento en Cavaillon, por ejemplo), la aplicación de un "orden moral": Houellebecq sí, Catherine Millet no, según una distinción realizada por un adjunto en Vitrolles. Pero si bien se da mucho espacio a los teóricos y los editores que apoyan el Frente Nacional-Movimiento Nacional Republicano, su literatura tímidamente juguetona atrae menos lectores de los que se cree. Las bibliotecas de la obediencia saben, por otra parte, que su elector no es lector y organizan más bien "jornadas" de temas cuidadosamente elegidos, como señala Gilles Eboli: "la Atlántida, la sofrología, los megalitos, la divina proporción, el simbolismo del Grial" o incluso el lenguaje de los elfos. En el uso sistemático de estas distracciones descansa la "pesada amenaza sobre la misión de las bibliotecas públicas".5

La asociación de profesionales ha creado en consecuencia el espacio "Ressources Liberté" en su sitio abf.asso.fr con la intención de concentrar y revitalizar la movilización luego del vacío bibliotecario que se produjo en esas tres ciudades. La situación se endurece: los mediadores de la lectura son obligados a retirarse, mientras que la municipalidad sólo atrae incompetentes. Se ha alcanzado un objetivo del totalitarismo: sumergir al enemigo en una contradicción irresoluble.

En África

Es el momento de ajustar las cuentas a la imprudente frase pronunciada hace tiempo por Amadou Ampâté Bah que enuncia abusivamente la idea de que en África un viejo que muere es una biblioteca que arde. En primer lugar, porque el continente tiene también su cuota de viejos ignorantes, y en segundo porque connota la definitiva seguridad de que en nuestros días todo anda bien por allí y que un negro no necesita bibliotecas. Ahora bien, precisamente, tienen más necesidad de ellas que el resto del planeta, en la medida en que la infraestructura es mínima o inexistente y que, donde había una biblioteca hace poco, los conflictos étnicos, las ambiciones sórdidas y una crisis económica permanente la han consumido: Angola acaba de perder en una generación de 80 a 90 bibliotecas públicas junto con su contenido; identica tendencia negativa para Ruanda, el Congo y Sudán. De manera general, y sin contar el caso del El Cabo, los únicos africanos que saben lo que es una biblioteca y que tienen la ocasión de frecuentarlas son los niños de las escuelas.

Citemos un eco, uno solo, de un universo al que occidente en general no dispensa la menor atención. "La sede está tan degradada que puede decirse sin temor a exagerar que está perdida", decía en 2000 Tiburce Koffi, flamante director de la Biblioteca Nacional de Costa de Marfil, un país que sin embargo no está entre los peor dotados de material. ¿La única posibilidad de solucionar la situación tiene que venir de los gobiernos? "Pero, Tiburce, ya basta con esa historia de la falta de libros. Si no hay libros en la biblioteca, ¿en qué se perjudica Costa de Marfil?", respondió el Ministro de Comunicación y Cultura, el capitán de fragata Henri-César Sama Damalan; frente a las repercusiones de sus dichos, su servicio de prensa señala que sólo se trataba de una broma. 5º

En países tan desfavorecidos —tanto que, por ejemplo, la palabra que significa "agua de lluvia" fue el nombre que se dio a la moneda nacional—, † qué puede hacer el libro al popularizarse? La respuesta es evidente: todo. Desde el sueño individual hasta la cohesión social. Por eso las bibliotecas son las primeras en suffir en los golpes de estado. Como las tentativas de reconstrucción no pueden encontrar mu-

cho espacio en estas ya extensas páginas, [†] es recomendable la lectura de un poderoso informe sobre el estado de la cuestión, desartosa pero no desesperante, escrito por Assia Issak, que trabaja en Maputo; es interesante ver cómo uno de los ejemplos a seguir proviene de Cajamarca, Perú, lugar muy pobre donde la biblioteca pública existe gracias a la voluntad de sus habitantes y no cuenta con local, horarios, catálogo ni remuneraciones; este informe en inglés se encuentra en algunas librerías y en línea, donde también se refieren las acciones desarrolladas por distintas fundaciones, asociaciones y ono para tratar de reemplazar de manera realista a los viejos que arden.

En Bosnia, en los Balcanes

El archiduque Francisco Fernando acababa de abandonar el pintoresco edificio neomorisco del parlamento cuando fue asesinado, lanzando así a la ciudad de Sarajevo a la fama. Se sabía desde el siglo x que esta región era uno de los polvorines del mundo, pero se quería ignorar que lo sería para siempre.

El inmueble se erigió en 1896 en el corazón del antiguo barrio otomano, con un estilo que debía más al orientalismo vienés de fin de siglo que a la arquitectura musulmana. Después de la guerra de 1914-1918 se convirtió en la municipalidad y el nombre de Vijecnica ha sido conservado por la gente común, incluso luego de que Tito instalara allí la Biblioteca Nacional. Con esta doble denominación el edificio se con-

virtió en el símbolo internacional, popular, de la ciudad de Sarajevo.

Cuatro pisos, 6 mil metros cuadrados, 420 plazas para investigadores, 108 empleados, 2 millones de libros y periódicos. Cifras que no dan
cuenta de otro fenómeno: la mezcla de lenguas y culturas que el lugar
acumula. Los incunables y los manuscritos —la imprenta llegó a Bosnia apenas en 1866, la copia manual y caligrafiada eran cosas naturales
hasta fines del siglo xix— están redactados en latín, inglés, ruso, árabe,
alemán, italiano, español, turco, hebreo y persa. La escritura es tanto
latina como cirílica, árabe o hebraica, así como por supuestos glagolítica; numerosos libros están escritos en alhamijado o adzamijski, árabe

[†]Pula, en Botswana.

[†]Entre estos esfuerzos podemos señalar las salvaguardas de Chinguetti y de Ouadane, donde se distingue un tal Jean-Marie Arnoult. Pero el público se interesa más fácilmente por los manuscritos que datan de los primeros siglos de la hégira, perdidos y más tarde recuperados, que por los problemas de una biblioteca de préstamo en un pueblo de Zimbabwe.

en el que se transcriben las lenguas del país: serbio, croata y bosnio. El mosaico es otra cara del polvorín.

Desde las cuatro posiciones en las colinas que usaron para sitiar la ciudad, los serbios destruyeron meticulosamente con sus obuses de fósforo la Vijecnica el 25 de agosto de 1992. Al día siguiente arrojaron unas cuarenta bombas más en los alrededores para alejar a los bomberos. No era necesario, ya que también habían cortado el agua.

La biblioteca ardió durante tres días. La gente salía de sus casas a pesar del peligro para tratar de evitar la tragedia, ayudar, salvar alguna obra, por pequeña que fuese, de esa hoguera. Fue así que la bibliotecaria llamada Aida fue derribada por un frances.

tecaria llamada Aida fue derribada por un francotirador.

"El humo de los libros ocultaba el sol, en toda la ciudad nevaban las páginas hechas ceniza gris. Se podía a veces atrapar una y sentir el calor, leer un instante el texto, extraño negativo gris sobre negro, hasto que el calor se disipaba y la página se deshacía entre los dedos."59 Se perdieron entonces los trabajos lexicográficos y los papeles personales de Ljubusak, los archivos del poeta Kranjcevic y del crítico literario Krsic, material diplomático de fines del siglo x1x, cuando las cancillerías abigarradas inundaban Sarajevo; en el mismo brasero desparecieron los estantes de libros croatas y serbios: los agresores ni siquiera cuidaban sus propios libros. Por el contrario, afirma con demoledor humor el nacionalista serbio Radovan Karadzic, para quien la biblioteca fue incendiada por los mismos musulmanes "porque no les gustaba la arquitectura". La precisión de los bombardeos de sus tropas no era casual: el 17 de mayo ya habían arrasado el Instituto Oriental, con sus 5475 manuscritos islámicos y hebreos, cientos de miles de documentos que ilustraban los cinco siglos de la presencia otomana y 10 mil libros impresos turcos, persas, judíos y árabes. ¿Y por qué? Porque en esos armarios se encontraba una huella de ocupantes no serbios y un símbolo de coexistencia, pero sobre todo la prueba de que durante siglos innumerables eslavos se habían convertido al islam y habían vivido pacíficamente en Bosnia.

Ésa es la razón por la que los federados serbios destruyen de manera tan sistemática y con tanto odio todas las colecciones de libros del país que dicen "limpiar". Cientos de bibliotecas municipales, universitarias, de museos, conmemorativas o monásticas fueron así parcial o totalmente carbonizadas. Su enumeración es demasiado repetitiva como para mencionarla aquí. 60 La cantidad es tan fenomenal que puede afirmarse que los serbios han ganado esta guerra. El hecho de que la onu los ayudara impidiendo la defensa de sus adversarios es un enigma que

habrá que repetir a los niños. Por otro lado, abundan los informes sobre las destrucciones de idéntica importancia, método y motivación observadas en Kosovo y en Albania. El Mencionemos el caso de la ciudad de Zadar, en Dalmacia: cuando el ejército serbio se retira del territorio en septiembre de 1991, no se supo qué hacer con los miles de libros que quedaron intactos porque no había habido bombardeos. Los oficiales decidieron entonces hacer una gran hoguera donde se arrojaron decenas de miles de libros impresos o manuscritos en lenguas de origen latino; el criterio de selección correspondía al nivel de comprensión. El humo fue visible durante 20 días a varios kilómetros de distancia, y los soldados destruyeron a hachazos las 60 computadoras de la biblioteca.

Apenas las cenizas de la Vijecnica volaron en el viento, se abatió sobre Sarajevo una multitud de amigos del libro que condenaron al unísono la hipocresía de la comunidad internacional y todas las razones que habían hecho que la situación llegara hasta ese punto. El infortunio ajeno aumenta las ventas y, para fortuna del que sabe manejar el aspecto mediático, siempre hay un drama en alguna parte. Lamentablemente, cuando las cámaras se retiran el siniestrado no se beneficia con los anuncios oficiales. Así se condenó a muerte por segunda vez a la biblioteca de Sarajevo. Porque una vez que Austria pagó la reparación del techo en 1997, sin lo cual los muros no hubieran subsistido, los conservadores y los bibliotecarios que aún quedaban debieron rendirse a la evidencia: las ayudas prometidas no llegaron, o llegaron pocas. Esto se explica de múltiples maneras: otros conflictos reclaman los fondos, el dinero se empleará en un proyecto más consensuado (en este caso el puente de Mostar), o bien se toma conciencia de que lo que hay que reconstruir no es un edificio sino un símbolo. La periodista Ellen Barry puso de golpe el dedo en la llaga en la excelente revista de arquitectura Metropolis. En 1991 Sarajevo contaba con 501 mil habitantes: 50 por ciento musulmanes, 28 por ciento serbios, 7 por ciento croatas y 15 por ciento "otros", es decir decenas de miles de judíos. Hoy el 87 por ciento de las 360 mil personas que quedan son de confesión islámica y ya no hay judíos. ¿Cómo rehacer entonces de golpe la universalidad que la gran biblioteca atesora con siglos de rutina, colonizaciones y oleadas de inmigrantes?

Diez años después puede comprobarse que si bien se reemplazó la cúpula, los muros se han debilitado por cuatro inviernos de nieve y lluvia, lo que hace improbable en el futuro el retorno de la biblioteca. Además su presupuesto se redujo en un 60 por ciento, y el gobierno ya no cuenta con un ministerio de cultura.

Los judíos de Bosnia eran originarios de las familias expulsadas de España en 1492. Una de ellas recorre Europa llevando una Hagadá de 1314, 109 páginas de una calidad de caligrafía e iluminación excepcional e ingenua, un libro del que hay huellas en 1510 en Italia y que termina por aterrizar en Sarajevo. En 1894, un niño llamado Cohen se lo mostró a su maestra en el colegio y lo cambió por unas monedas para comprar alimentos. Hoy se estima su valor en "cerca de mil millones de dólares". Una Hagadá es un libro de ritos, historias bíblicas y plegarias relacionadas con la fiesta de Pesaj; este ejemplar lleva las marcas de su uso descuidado a lo largo de sucesivas parrandas: está manchado so-bre todo con vino. El libro fue al Museo Nacional y se volvió tan célebre que, cuando la Wehrmacht entró en la ciudad en abril de 1941, su general fue a requisar en persona la preciosa obra. El conservador, Jozo Petricevic, un croata, le respondió: "Lo hemos entregado ayer a uno de vuestros coroneles." "¿Cuál es su nombre?" "No estábamos autorizados a preguntárselo." El general hizo inspeccionar el lugar y debió contentarse con requisar los anales de los sefaradíes, como lo había hecho en Dubrovnik, que tenían una antigüedad de cinco siglos. El astuto Jozo había confiado subrepticiamente la Hagadá a un amigo musulmán, un imán de provincia que la había ocultado bajo la piedra de la entrada de su mezquita, donde el libro permaneció hasta el fin de la guerra. A fines de 1991 Kemal Bakarsic —también musulmán pero ateo, como señala él mismo—, por entonces director de la Biblioteca del Museo Nacional de Bosnia, tomó la sana iniciativa de mudar los 250 mil libros de las colecciones, a pie junto con sus colegas, como "sombras silenciosas". Fue así como la *Hagadá* de Sarajevo se guardó en los cofres subterráneos del Banco de Bosnia antes de los primeros bombardeos. Finalmente, diez años más tarde, el Museo Nacional anunció que preparaba una exposición de ese prodigioso libro errante, perfecto emblema de culturas mixtas, pero también probablemente el detonador de futuros enfrentamientos: enseguida, invocando los acuerdos de Dayton, los serbios de Bosnia proclaman que son propietarios de un tercio del precioso bien. No llegan a exigir que se lo corte en tres pedazos iguales, pero piden que se lo exponga durante uno de cada tres años en cada una de las capitales étnicas, Banja Luka (serbia) y Mostar (croata).

Como consecuencia de todo esto, la *Hagadá* quedaría guardada en una sala de seguridad especialmente construida y sólo expuesta a la mirada de aquel que consiga una autorización de las tres autoridades y bajo vigilancia de los tres responsables de las comunidades, puesto que cada uno tiene una llave.

En Afganistán

Como esta región no firmó ningún acuerdo de derechos de autor, todos los libros podían editarse sin limitaciones, lo cual permitió el florecimiento de las bibliotecas de Afganistán en los años setenta.

En la época de la ocupación soviética cada traductor era también escritor, y viceversa. Las depuraciones de la literatura "burguesa" y la imposición de la cultura del proletariado no duraron lo suficiente como para embrutecerlos. Los talibán iban a cambiar todo eso. É Para ellos todo libro que no sea el Corán vale menos que la música, que está muy abajo en la escala de valores. En Herat, capital cultural del país, un poeta, ex ministro de cultura, vio cómo su vasta biblioteca era saqueada al mismo tiempo que la de la universidad. En 1996 fue el turno de la biblioteca pública de Kabul.

Said Mansur Naderi, cuyo padre fue un poeta místico autor de decenas de libros, había creado en Kabul en 1986 un centro cultural ismaelí llamado Hakim Nasser Josrow Balji. Sus actividades eran diversas: se editaban revistas y cada año se atribuía premios a artesanos, investigadores o artistas. Este lugar era famoso sobre todo por su gran biblioteca, más importante en calidad que en cantidad que todas las del país. Con la llegada de los mujaidines el barrio Taymani, donde Naderi había elegido instalarse porque era de mayoría ismaelí, se encontró en el corazón de la guerra civil que estalló de golpe. Naderi decidió rápidamente trasladar su institución a Pul i Jumri. Esta ciudad industrial de 300 mil habitantes, que proveía al estado del 40 por ciento de sus ingresos, era llamada entonces "la pequeña Moscú". Podía verse cotidianamente un desfile de chicas y muchachos vestidos a la manera occidental que iban a la universidad. Allí se instaló la mayoría de los intelectuales que no abandonaron el país cuando los talibán tomaron Kabul en 1996.

Cuando estos últimos llegaron a las puertas de Mazarisharif al año siguiente, Naderi —que había lanzado el primer llamado internacional contra ellos y contra los paquistaníes— trasladó una vez más su biblioteca para disimularla en las montañas. Contaba entonces con 55 mil obras. Los talibán habían tenido una fuerte resistencia en Mazar, por lo que sólo un pequeño grupo llegó a Pul i Jumri, que pronto desapareció. Se creyó que todo había terminado y volvieron los libros. Naderi,

[†]Contrariamente a lo que se ve impreso a menudo, esta palabra no es plural sino singular, indeterminado en relación con *taleb*, o sea un estudiante cualquiera.

mientras tanto, los había donado a su país, para que sus herederos no dispersaran las colecciones. El centro contaba por entonces con una imprenta y un estudio de televisión, talleres de escultura y alfombras. Ocupaba una casa grande y bella que antaño había sido sede de la municipalidad, en un vasto parque a orillas del río.

A las órdenes de Omar, los talibán de turbante negro invadieron la ciudad el 12 de agosto de 1998 a las 10:30, después de combatir toda la noche contra las fuerzas aliadas en Masud. Se dirigieron directamente al centro Hakim, ametrallaron las puertas cerradas con cadenas y devastaron el contenido: las esculturas caían por las ventanas, los libros eran arrojados al agua, el fuego surgió en la zona de la imprenta y en tres horas todo se perdió. Así lo relata Latif Pedram, subdirector de la biblioteca, que se había escondido en una casa muy cercana desde donde pudo observar cada etapa del desastre.

Como el lugar es apacible, los recién llegados instalaron su cuartel general en el parque, que ensuciaron salvajemente. No se sabe por qué también derribaron los árboles.

Ese día se destruyeron colecciones completas de diarios y periódicos afganos e iraníes que se remontaban al siglo xix. Los libros cubrían diversos sectores: historia, filosofía, literatura, religión. Contenían gran cantidad de manuscritos antiguos, coránicos y profanos (entre los cuales se encontraban poetas del siglo xvii y versiones originales del Shahnamé, el Libro de los Reyes), todos los decretos de Aga Jan y la correspondencia de los jefes ismaelís. Es evidente que una parte considerable de la historia del país nunca podrá ser escrita.

Esto constituye una auténtica victoria para los que desean terminar con el predominio del persa (dari) en la cultura de Afganistán (el pastú es una lengua pobre, cuya literatura antigua es limitada; eso produce, según Latif Pedram, una suerte de complejo de inferioridad). 62 Es también un triunfo de los sunís, que quieren el fin del chiísmo en la región. Como otros iconoclastas antes que ellos, los talibán tienen el objetivo de "pulverizar el pasado" 63 de manera que nada pueda cuestionar o competir con su pobre "retórica". Comenzaron por cambiar los nombres de lugares; eso puede recuperarse. Pero el destino de los budas

de Bamiyan,[†] de los tesoros del museo de Kabul⁶⁴ y de la biblioteca Pul i Jumri es irreversible.

Frente a la novedad de la destrucción de los libros, parece que una vieja iraní dijo entre suspiros: "Esto ya nos ha pasado, hijo mío", aludiendo a la leyenda que circula en Persia sobre el califa Omar, que hacía calentar los hammans con manuscritos indeseables. Sólo falta formularnos esta pregunta: ¿pensó el mulá homónimo de Kandahar en este acercamiento histórico?

En Irak

"Un patrimonio condenado por la ONU", titulaba en primera página la revista Archéologia en enero de 2001, en la cual se informa que, durante el embargo, 100 tabillas cuneiformes salían del país cada día. La guerra de 1991 había dañado algunos sitios arqueológicos y luego había provocado, con sus correspondientes sanciones, la generalización de excavaciones salvajes y el robo por parte de la población hambrienta, lo que produjo la aparición de lo que los coleccionistas occidentales llaman "edad de oro" Es lo que escribe también, dos meses antes de la noticia de la invasión del país, el 24 de enero de 2003 en The Boston Globe Elisabeth Neuffer, una periodista particularmente sagaz que murió en Irak el 9 de mayo de 2003. Su artículo describe el caos y los saqueos que se habían producido luego de la acción estadounidense diez años antes (4 mil obras robadas, entre ellas 2 mil tesoros, de los cuales sólo se recuperaron 12) y que permiten prever lo que pasará de nuevo si no se hace nada. Entonces la comunidad mundial de arqueólogos, investigadores y conservadores lanza numerosos llamados, junto con diversos organismos, como el Escudo Azul (equivalente de la Cruz Roja en el campo cultural), pero el único resultado de esta campaña es una violenta polémica entre los estudiosos "patriotas", alineados con la Casa Blanca, y los que se oponen al conflicto anunciado. Las discretas "listas" de internet en las que se intercambia habitualmente información erudita sobre incunables o gestión de museos explotan de repente con invectivas y exponen hasta qué punto la intolerancia podía disimularse donde menos se la esperaba: gran parte de los suscriptores estadounidenses se muestran francamente hostiles a

[†]En esa época su hijo Jeff era conocido en California como gran aficionado a Achec, a la cerveza y a las Harley-Davidson; a la caída de los talibán regresó a su país para comenzar una nueva carrera como señor de la guerra retomando su nombre, Saíd Jaffar.

[†] Se ha hablado mucho más de ellos que de las bibliotecas afganas, con el riesgo de confirmar que, después de todo, no eran tan bellos, sobre todo si se los compara con los que se ven en otras partes, por ejemplo en Fengxian, China.

tratar el tema y abandonan los portales. No es menos sorprendente la acción de cabildeo llevada a cabo por la Acce, asociación de millonarios y marchands que apoyan a la Casa Blanca en espera de la abolición o de la revisión de las leyes iraquíes, muy realistas, que prohíben la exportación de antigüedades. Sabemos lo que ocurrió. Como Estados Unidos y Gran Bretaña no habían ratificado la convención de La Haya de 1954 sobre la protección de bienes culturales del país en desgracia, sus dirigentes sólo tenían limitaciones de conciencia. En cuanto a los soldados....

El saqueo de los museos en abril de 2003 en Bagdad o Mosul, bajo la mirada indulgente de los marines, habría causado la pérdida de miles de libros de arcilla, entre los que se encontraba sin duda la biblioteca de Sippar, apenas menos antigua que la de Asurbanipal y descubierta en 1986; es tan poco tiempo que solamente se habían estudiado, traducido y publicado (por ejemplo, Jeremy Black lo hizo en Oxford)[†] 24 de sus 800 tabililas. La caída del régimen convalidó la depredación: los 10 mil sitios arqueológicos del país se convirtieron en autoservicios, Nippur y el templo de Enil o Isin fueron devastados en un mes. Fue el saqueo de Irak.

La Biblioteca Nacional había sido fundada en 1961. Como Centro del Depósito Legal, conservaba en los años ochenta 417 mil volúmenes, 2618 colecciones de diarios y publicaciones periódicas, 4412 libros raros; sus posesiones poco antes de la invasión se estiman en dos millones de piezas, entre ellos la "mayor colección del mundo de diarios en árabe". Los Archivos Nacionales, creados 11 años más tarde, se encontraban en el mismo edificio, en Bab al Muazzam; allí se conservaban documentos del gobierno hachemí (1921-1958) y otomano (1534-1918), así como los de la comunidad judía, de gran importancia histórica. Los vientos de demencia y misterio que soplaron en Bagdad entre el 14 y el 21 de abril de 2003 parceen haber atizado dos incendios acompañados de saqueos, a pesar de que el barrio era cercado por las tropas, ubicadas frente a la entrada principal, [‡] y del toque de queda decretado desde la noche del 14. No pode-

mos dejar de señalar que la desaparición de la totalidad de los documentos de los años ochenta trajo tranquilidad a más de uno; The Wall Street Journal del 28 de abril menciona el empleo de fósforo blanco. Entre 150 mil y 200 mil obras que contenían textos en hebreo fueron trasladadas por los bibliotecarios a la mezquita de al Haq pocos días antes del desastre, 65 pero trasladar una biblioteca de 2 millones de volúmenes y 20 millones de piezas de archivo parece una operación de una envergadura que los iraquíes no podían llevar a cabo; si lo hubieran hecho, los incontables observadores de 2002 lo habrían notado. De la mayoría de los liboros de la Nacional "nada queda, sólo espesas cenizas en las que se puede hundir la mano sin encontrar resistencia" (Arnoult).

A 500 metros de allí, la biblioteca de los Awqaf que contenía, además de los impresos, 7500 manuscritos reunidos desde 1920, provenientes de todas las mezquitas de Bagdad, fue saqueada e incendiada junto con la Nacional. Dos tercios de sus fondos más preciados lograron ser trasladados y el resto pudo reunirse en 32 cofres de metal custodiados por un hombre armado, que los soldados estadounidenses mataron de inmediato, a resultas de lo cual corrió el rumor de que los cofres con cadenas contenían dólares y de que 22 de ellos fueron sustraídos por gente que tenía la marca de rv con cinta adhesiva roja en el pecho y en la espalda. Los otros diez cofres repletos se carbonizaron.

En el mismo barrio fue destruida esa noche la Bayt al Hikma, según su glorioso nombre en tiempo de los abasíes; había sido fundada en los años ochenta para servir a los estudios en ciencias sociales y económicas. Una vez que el edificio se incendió, muchos libros que quedaron intactos se vendieron desvergonzadamente en el jardín de enfrente. Si bien la al Maktabat al Markaziyya o Biblioteca Central Interuniversitaria no resultó afectada, la de la Academia de Ciencias fue saqueada luego de que un tanque estadounidense rompió las puertas de entrada para descolgar la bandera y desaparecer dejando el campo libre al pillaje. No hay información certera sobre la suerte de cerca de 20 archivos más. Por otra parte, la Dar Saddam lil Majtutat o Casa Saddam para los Manuscritos, donde el poder había reunido alrededor de 47 mil piezas antiguas, a menudo requisadas (por ejemplo en los sitios sagrados del chiísmo en Najaf o en Kerbala), fue clausurada en enero de 2003 y sus colecciones trasladadas a un refugio antiatómico por su

una entrevista con Jean-Marie Arnoult (Inspección general de bibliotecas), regreso de misiones a Bagdad y cuyo informe se encuentra en http://www.cfifla.asso. fr/conferences/berlin/irakarnoult.htm

[†]No importa si fueron desintegradas por el maltrato debido a la incompetencia o al embargo, o dispersadas y rotas por los ladrones, según los asiriólogos que de encontraban.

[‡]Según lo observado por Édouard Méténier, del Instituto Francés de Cercano Oriente, que se encontraba en el lugar, el informe de Nabil al Tikrit de la Middle East Librarians Association, en www-oi.uchicago.edu/OI/IRA/docs/nat.html, y

enérgico director. Ahora se llama Dar al Majtutat al Iraqiyya: la Casa de los Manuscritos de Irak.

Una vez reconstruidas las bibliotecas iraquíes, es posible que una autoridad mucho más fundamentalista que el ignominioso Hussein considere que tiene la prerrogativa de elegir los libros que las poblarán. A dictador... ¿dictador y medio?

De este modo, después de meses de preparativos, amenazas y alertas por parte de la prensa y de los especialistas respetados pero tímidos, bastaron cinco días para confirmar los temores de que desaparecerían de Bagdad los elementos físicos de los textos y de la memoria de una civilización: desde las tablillas asirias hasta los manuscritos otomanos. "Para Irak éste es el año cero", dice sobre el terreno un periodista británico. 66 Siguió una enorme batahola, donde difícilmente podía distinguirse la emoción y la desinformación ("nada se había destruido, y casi nada había sido robado", se apresuraba a decir un coronel que confundía los manuscritos de la Dar Saddam con los mauales del museo), a lo que se sumaban las frases hechas de la Unesco con las prescripciones para la reconstrucción. La única voz que no se escuchó fue la de los intelectuales locales que, mucho antes de la caída de Hussein e incluso después de siglos enteros (recordemos a Layard), estigmatizan la visión colonialista de la arqueología de Medio Oriente y del concepto de Mesopotamia como cuna de la humanidad, es decir, de Europa y luego de Estados Unidos⁶⁷. Por otro lado, los medios de comunicación se hacían eco del habitual arribo de quienes se ven atraídos por los reflectores. Van y vienen de Sarajevo a Kabul, y luego empollan un comunicado de 300 líneas cuya única información nueva es "Yo estuve ahí". Es el jet-set de los males del mundo.

Reconozcamos que la fiesta fue formidable: costó cien mil millones de dólares. †

Pero la próxima vez presten atención: en las primeras horas, la información se resume en tres palabras: "La biblioteca arde", que siembran la consternación en todo el planeta. Al día siguiente llegan los enviados especiales, y los informes dan cuenta de los libros perdidos, los

responsables del desastre, las lágrimas de los estudiosos, etcétera. La semana siguiente llegan los expertos con gran disponibilidad de fondos pagados por oscuras oficinas y, junto al aumento del tamaño de los informes de circunstancia, debe comenzar el inventario, la ayuda y la reconstrucción; la falta se diluye, afloran las promesas y, al mes siguiente, la biblioteca no se quemó tanto. Un año después es como si nunca hubiera existido. Podemos pasar al siguiente drama.

Afirmo que este libro es interminable. En marzo de 2001 los miembros de la Harvest Assembly of God Church queman en las cercanías de Pittsburgh todas las obras de una biblioteca donde veían ofensas a su dios: Hemingway, Jalil Gibrán (Business Journal, 23 de abril). El 28 de marzo es el turno de los Testigos de Jehová en Georgia, la de Rusia, y el 15 de mayo de 2001 en Yakarta nacionalistas y musulmanes quemas libros considerados comunistas... Ad libitum, el sitio de la Asociación de Bibliotecas Americanas terminó por crear una rúbrica cotidiana de hogueras planetarias.

Pero en julio de 2003 Irak no aparece allí.

Esta investigación comenzó pocos días después del incendio de la biblioteca de Sarajevo y se acaba ahora, porque hay que entregarla a la imprenta, con el del Bagdad. Diez años no han sido demasiados para confirmar el agravamiento de la suerte reservada a la búsqueda inocente del saber en estos comienzos del siglo xx1, en los que los megapoderes son ejercidos por jefes cada vez más infantiles a medida que crecen, que se rodean de expertos que usan un máximo de 30 sustantivos a lo largo de toda su vida y ocultan tras simples argucias un apetito ineluctablemente geoeconómico. "Estamos en guerra mundial contra el terrorismo y los que no están de acuerdo son terroristas"; queda autorizado de este modo el Anschluss, incluso con los vecinos, al tiempo que diversas medidas descabelladas ordenan a los bibliotecarios la denuncia de los usuarios de aspecto y lecturas sospechosos. ⁶⁸ Todo esto no sería inquietante si no estuviera acompañado de la despigmentación cultural general que conocemos. El empobrecimiento del vocabulario y del pensamiento que comenzó hace medio siglo y que durará todavía muchos años, se ratifica con la simplificación, cuando no la vulgaridad de los medios de comunicación, en otros tiempos los más respetados. La ausencia de humor y de distancia que ya es habitual entre las costumbres editoriales de todas partes, al igual que la falta de esa ligereza

¹Y por un puñado de miles de millones más se tendrá una infraestructura hotelera digna de recibir a los ansiosos turistas: Bagdad, ciudad de las mil y un guerras, destino que hace furor.

mental que permite una biblioteca mental bien provista, habrían impedido hoy a un François Mauriac elaborar su Bloc-Notes, por tomar solamente un ejemplo en Francia, por lo demás ecuménico. ¿La verdadera vida se refugia en las revistas académicas? Flota en el aire una especie de organización mundial de la insignificancia, en la que todos están ansiosos por contribuir aportando cada mañana su pequeña colaboración para mostrarse lo menos profundos, sutiles e inteligentes que puedan. Antes teníamos al pato Donald, ahora tenemos a Simplet. Esta orquestación de la existencia a través de la importancia que se le da a la mercancía idiota y a las relaciones elementales no podía sino facilitar la entrada en escena de lo que siempre ha estado entre bambalinas, listo para llenar el vacío de los espíritus: la religión, también repleta de gadgets en sus signos exteriores y rebautizada como "espiritualidad" por el marketing. Veremos (no antes del capítulo 11) cómo el probable futuro de las grandes bibliotecas enciclopédicas puede darle la mano a esta matiné infantil.

Notas

Tomi Ungerer, À la guerre comme à la guerre, dessins et souvenirs d'enfance,

²Reportaje de Paul Rincon en BBC News, el 7 de julio de 2003 (disponible en

internet: news.bbc.co.uk/t/hi/sci/tech/3038368.stm).

³Véase H. U. Stubbings, Blitzkrieg and Books, British and European Libraries as Castalties of World War II, Bloomington, 1993. Por otra parte, un inventario razonado de estos destrozos fue establecido para la Unesco por Hans Van der Hoeven: Mémoire du monde: Mémoire perdue. Bibliothèques et archives détruites au xxe siècle, París, Unesco, 1996.

⁴La información contenida en este párrafo proviene de W. C. Sebald, Sobre la historia natural de la destrucción, Barcelona, Anagrama, 2003.

⁵Walter Mehring, Die verlorene Bibliothek: Autobiographie einer Kultur, Düsseldorf, 1979.

⁶Ernst Jünger, Second journal parisien. Journal 111, 1943-1945, París, 1980.

Véase Theodore Welch, Libraries and Librarianship in Japan, Westport, 1997.

⁸Retomado en *Mémoire du monde, op. cit.*⁹Tal como lo recuerda Lionel Richard en un estudio rico y apasionante sobre el tema: Le Nazisme et la culture, Bruselas, 1988.

10 Véase Lionel Richard, op. cit.

11 Confiado al doctor Grayson N. Kefauver, citado en "Library Pillaging by Nazis surveyed", The New York Times, 4 de abril de 1945, p. 2, col. 1.

12 Véase al respecto Margaret Stieg, Public Libraries in Nazi Germany, Tusca-

¹³Leo Löwenthal, "Calibans Erbe", Schriften, vol. 4, pp. 136-150, Francfort, 1984.

14 Einsatzstab Reichsleiter Rosenberg für die besetzten Gebiete, o ERR, "Comi-

sión (como lo traducía Vichy) Rosenberg para los territorios ocupados". Acerca del ERR, ¹⁵Carta de abril de 1941, citada por el consejero Raginsky. véase, entre otros, su informe del juicio de Nuremberg, jornada del 21 de febrero de 1946. Tribunal Militar Internacional, Juicio de los grandes criminales de guerra

ante el tribunal militar internacional, tomo viii, Nuremberg, 1947-1949-16 Véase Barbara Bienkowska, Books in Poland: Past and Present, W 1990. Y "Report on the Losses of Polish Libraries in the Second World War",

1990. 1 'Report on the Losses of FOISH Labratics in the Second World Willed Polish Libratics Today, 3, pp. 35-33, Varsovia, 1995.

17 Testimonio del doctor Forster durante el juicio de Nuremberg, Tribunal Militar Internacional, Juicio de los grandes criminales de guerra ante el tribunal militar internacional, Junio viu, Nuremberg, 1947-1949.

18 Véase Patricia Grimsted, "The Odyssey of the Petliura Library and the Re-

cords of the Ukranian National Republic during World War II", Harvard Ukra-

inian Studies, 22, 1999.

19 Véase Leonidas E. Hill en Jonathan Rose, comp., The Holocaust and the Book, Amherst, 2001.

Citado por Stanislao G. Pugliese, "Bloodless torture", en Jonathan Rose,

comp., The Holocaust and the Book, Amherst, 2001.

²¹ Artículo publicado en el Frankfurter Zeitung, el 28 de marzo de 1941, y citado por Jacqueline Borin, "Embers of the Soul: The Destruction of Jewish Books and Libraries in Poland during World War II", Libraries and Culture, vol. 28, núm. 4, Austin, otoño de 1993. Una "lista tentativa" del contenido de 704 archivos judíos expoliados en Europa se estableció desde 1946 en Nueva York.

²² Véase Pugliese, op. cit.

²³Giacomo Debenedetti, 16 octobre 1943, París, 2001.

²⁴*Cfr.* cable de ap del 17 de noviembre, 2003. ²⁵Véase la nota de inventario de Pohl, de julio de 1943, sobre la "composición actual" de la biblioteca de investigaciones sobre la cuestión judía, compuesta "más o nenos exclusivamente de volúmenes recogidos por el Einsatzstab", en Jean Cassou, Le Pillage par les Allemands des œuvres d'art et des bibliothèques appartenant à des Juifs Le Pittage par les Autemants aes œutres a un et aes viviounteques appartenant un pro-en France, París, 1947. También en Nicolas Reymes, "Les Livres dans la tourmente. Le pillage des bibliothèques appartenant à des juifs pendant l'occupation", Revue d'Histoire de la Shoah-Le Monde Juif, núm. 168, p. 31, París, enero-abril de 2000.

a rustotre ae la Snoan-Le Atonae Jiaj, num. 100, p. 31, rans, enero-aorn de 2000. ²⁶ "Declaración de principios" del ERR del 23 de noviembre de 1941, firmado por Utikal, en respuesta a la representación de Vichy del 5 de julio, véase Jean Cassou, op. cit.

27 Marcel Thiébaut, citado por Reymes, op. cit.

²⁸ OMGUS: Office of Military Government of the U. S. Robert G. Waite narra

9. Inconvenientes de la modernidad

Idealmente, el usuario no debería poder entrar en la biblioteca

El pico ensangrentado del cuervo escarba en las entrañas de la paloma aún palpitante. Prisioneros detrás de los immensos ventanales del claustro, dos japoneses lívidos, un viejo estadounidense con grandes gafas de plástico amarrillo, dos o tres estudiantes desconcertados, uno de ellos barbudo, observan impotentes esta fuerte escena. Se trata de investigadores de la Biblioteca Nacional de Francia, distraídos de sus eruditas preocupaciones por el pequeño acontecimiento del ave que viene a morir entre las grandes aberturas vidriadas que rodean los árboles del bosquecillo central, amarrados como bicicletas en un barrio suburbano. É para evitar que los pájaros caigan en la trampa transparente más allá de los troncos, se pegaron siluetas de gaviotas en los paneles de vidrio de la fosa. ¿Adivinará la próxima paloma el duro peligro que la acecha detrás del último pino? ¿Habría sido mejor colocar siluetas de peces de colores?

Para peor, o a veces, para mejor, en Alejandría, Montreal, París o San Francisco, el arquitecto siempre asesta su golpe. Cualquier historiador de las construcciones afirma que el gesto arquitectónico se ejerce en detrimento de la función de alojar. Pero esto puede volverse un crimen cuando se trata de una biblioteca. Así como el lector olvida su existencia física durante la lectura o la reflexión, del mismo modo su entorno debe diseñarse con más goma que lápiz: contemplar lo genial destruye la genialidad. Sin embargo, el nuevo edificio de Tolbiac fue diseñado y construido sin tener en cuenta a los usuarios, bibliotecarios o lectores, ni siquiera al Ministerio de Cultura o algún intelectual. En consecuencia, el proyecto rozaba la aberración provinciana desde el primer croquis: ¿es posible que ningún cortesano haya hecho

[†] Según la dirección de ese organismo, son 200 por año. Se considera la idea de que halcones peregrinos aniden en la cima de las torres: al parecer, estos pájaros son el terror de cuervos, palomas y estorninos. Pero, ¿quién los ahuyentará a su vez?

notar que la visión de un libro abierto y apoyado verticalmente, como se supone que lo evocan las cuatro torres, constituye ya una tortura para los bibliófilos? Se puede imaginar el diálogo perverso y lleno de malos entendidos entre el príncipe enfermo, trastornado por la lectura de El monte análogo, y el arquitecto, que siente que ésta es la única oportunidad de superarse, pues sabe que pronto será él mismo quien se encuentre en la veleta estatal. Todos parecen estar de acuerdo en un punto: quien aspira al conocimiento debe sufrir. Se le construirá una prisión, con el acceso más arriesgado que exista. Y lejos de todo: la flamante estación de metro más cercana, cuyo nombre raya con el delito de publicidad engañosa, se encuentra a 772 pasos para personas de tranco largo, podómetro en mano y si el clima es bueno.

Pero esta historia trágica de otros tiempos fue largamente comentada, entre otros, por Jean-Marc Mandosio, a menudo sin llegar a lo peor a pesar de una animosidad personal por momentos un tanto dudosa, y por François Stasse en sentido opuesto, o casi. 1

En el futuro de la Biblioteca Nacional se ve claramente una vasta sala de lectura con iluminación cenital, como lo proponían Jacques François Blondel y su discípulo Boullé, ubicada en lugar de los árboles, muertos ya hace tiempo, en el nivel de lo que se llamaba de manera grandilocuente "altos de jardín"; los estudiantes han regresado a las bibliotecas universitarias en lugar de instalarse en un sitio míticamente creado para el pueblo donde jamás abrieron un libro. Una admirable cúpula de color marfil, diseñada por un discípulo de Norman Foster, salva el derroche paralelepípedo, suavizando la silueta entre las torres. Esto hace pensar u poco en Estambul. Opaca y decorada con gusto neolabroustiano, su faraónica sala de tres mil alcobas recibe a quien gusta de los libros reales o desea desenterrar ideas originales. Decenas de millones de volúmenes de la Nacional se encuentran reunidos en dos niveles de tres hectáreas, bajo la sala de lectura, como debe ser; de este modo, las obras van y vienen en cuatro minutos por el pozo central. Sin deslizamientos, se accede al lugar desde la calle por puertas normales, abiertas a cada lado, como el hall de honor, diseñado original-

†Sin embargo, la apropiación humana del medio hostil es una fuerza contra la cual la mejor arquitectura nada puede. Esta mutación natural está operando ya en la Biblioteca Nacional, comenzando de manera solapada por abajo: todas las tazas de los anitarios, de acero inoxidable, excesivamente costosas, destinadas a evocar una penitenciaría de alta seguridad, acaban de ser reemplazadas por otras de cerámica blanca, muy burguesas.

mente mirando al muelle, destinado a los pequeños autos del personal. Las torres, que han regresado a su primigenia transparencia, albergan ahora las oficinas y, en particular, los servicios informáticos de la monumental Biblioteca Nacional de Francia en linea. De tanto en tanto se organizan exposiciones de geranios en las bellas gradas de madera situadas en la fachada que da al Sena. Europa está alelada.

La medalla del más sonado escándalo de la historia de las bibliotecas públicas está en manos, por el momento, de la de San Francisco, ganándole por varios cuerpos a la Biblioteca Nacional de Francia. Con un pastiche de estilos, en inglés llamado "beaux-arts" y con un costo de 126 millones de dólares, el nuevo inmueble mantuvo en 1996 su promesa de vanguardia en la historia de la lectura: como no podía contener sus tres millones de libros, la direccción ordenó desechar discretamente todos los que no habían sido consultados en seis años y almacenar en algún subterráneo un tercio del fondo en espera de una mejor solución. Dependiendo de las fuentes, "a la cantidad desaparecida antes de la inauguración se sitúa entre 200 mil y 500 mil obras. Se admira en este caso la temible conjugación de dos nuevas fuerzas que son la creatividad arquitectónica y el amor por el libro desmaterializado. Cuando el mundo se enteró no sin estupor de que la British Library hacía otro tanto, se supo que el gran exterminio de libros había comenzado.

Que la ciudad de San Francisco no haya podido resistir al deseo de pagarse un engendro de nuevo rico bajo el báculo de un gurú de ciencia ficción (Kenneth E. Dowlin, autor en 1984 de La biblioteca electrónica, obra en la actualidad obsoleta), mientras que la ampliación de la "Old Main" habría costado diez veces menos, parece ser parte de un sueño a lo Hollywood. Pero esto no es todo. Hay en el fondo un procedimiento típicamente estadounidense, un gesto todavía poco conocido (o cuidadosamente escondido) en el resto del planeta bibliotecario: la deaccession, o cómo deshacerse de los libros.

El vocablo inglés accession designa el crecimiento de la biblioteca por incorporación de un libro y, del mismo modo, deacession expresa la cancelación de tal aporte, la supresión del título del catálogo. Se lee con frecuencia en los catálogos de los vendedores estadounidenses de libros usados que tal o cual ejemplar es una deacession e incluso existen comerciantes especializados en libros comprados a colectividades, cuya estampilla certificaría cierto pedigree. Como adquisición es la palabra correspondiente a accession, se puede proponer como equivalente

de su contrario, si no *desacceso* al menos *desadquisición*, dado que algunos bibliotecarios se inclinan más bien por un resarcimiento o desafectación. La duda es de suyo un consentimiento.

Las bibliotecas de Estados Unidos son fundaciones dedicadas a la búsqueda permanente de subsidios y financiamientos. Una de sus mayores preocupaciones es enriquecer las colecciones; otra es la falta de espacio para ediciones pletóricas multiplicada por el precio del metro cuadrado y la oposición de ambas fuerzas lleva a una idea simple: vender o tirar; la ejecución capital se produce por shredding o "deshilachadura", un término de la papelería que nos remonta a los tiempos de los trapos.

Numerosas instituciones detestan hablar de esta conducta, que se trasluce en los números de los estados financieros. No muy lejos del número absoluto de libros adquiridos en un año figura una cantidad neta de obras catalogadas y la diferencia reside en lo que ha desaparecido.3 La muy poderosa American Library Association (ALA) reconoce que nadie sabe cuándo ni dónde se inició el fenómeno y que, si no existe ninguna estadística, se encuentran gran cantidad de métodos de deselección destinados a los aprendices. En los archivos de la Glengarry Historical Society, un tal David G. Anderson enfrenta el fenómeno: "Para lograr que se purifiquen los acervos de sus elementos secundarios o superfluos, y así poder reutilizar los fondos obtenidos a fin de acrecentar la colección o mantenerla, todo establecimiento (o coleccionista) debe tener una política de deaccession. Una atinada medida de administración..." No es necesario navegar demasiado tiempo en internet para descubrir que las universidades de Illinois, a fin de octubre, o la de Birmingham, Alabama, o la Biblioteca Pública de Seattle (75 mil a 100 mil ejemplares expuestos por año) y muchas más aún, anuncian ventas anuales de obras repetidas o que ya no están de moda.[†] Los comentarios del contribuyente estadounidense permiten inferir cierto malestar. En una palabra, ¿quién tendrá ganas de legar su amada biblioteca a semejantes establecimientos?

Ba Jin dejó la suya, además de sus manuscritos, a tres instituciones: el Museo de Literatura Moderna, la Biblioteca de Shanghai y la Biblioteca Nacional con sede en Pekín: alrededor de 30 mil volúmenes, enviados en varias entregas en el auto repleto de su hija, entre 1980 y 1982. Todos los ejemplares llevan su firma: cuando compraba una obra, sacaba del bolsillo una barra de tinta y un pincel, el cual humedecía con saliva para escribir su nombre. Un día de otoño de 2002, Li Hui, periodista del Renmin Ribao, se topó con el ejemplar de una antigua revista en la cual reconoció el párrafo caligrafiado. Llamado telefónico a la hija de Ba Jin: se donaron todos los ejemplares de la revista a la Nacional. Li Hui escribe un entrefilete en su periódico. Al día siguiente, diez lectores lo llaman. Ellos también han adquirido libros provenientes de la biblioteca de Ba Jin. La Nacional recibió del escritor 3 274 libros (una colección única de las obras completas de Tolstói, por ejemplo) y manuscritos, entre los cuales se encuentran el quinto y último volumen de sus famosas crónicas *Suixianglu*, "Al correr de la pluma". Los hijos, abrumados, quieren que todo les sea devuelto, para donarlo probablemente a la Biblioteca de Shanghai. Ba Jin, casi centenario, se encuentra por ese entonces en el hospital; nadie se atreve a hablarle de este episodio. Y desde diciembre de 2002, Li Hui frecuenta la oficina del director de la Biblioteca Nacional china para que explique el asunto pero éste nunca lo recibe. Entonces la epidemia de síndrome respiratorio agudo severo llegó en el momento preciso para impedir la continuación del folletín, dando una horrorosa lección a las autoridades chinas, para quienes el secreto siempre ha sido una condición sine qua non de administración correcta.4

Las bibliotecas francesas, ¿venden o tiran sus libros? Al menos la Nacional jura que nunca lo ha hecho: atrapada entre su vocación patri-monial y el depósito legal no tiene otra alternativa que conservar, inflarse hasta explotar o donar los ejemplares repetidos a sus colegas del interior del país; del otro lado del canal de la Mancha y del océano se llama a esto weeding, "desbrozo", un término que evidencia con inhabitual espontaneidad que los libros generosamente regalados valen lo que vale la grama. Por otro lado, parece que las otras instituciones de Francia tienen derecho a obtener un poco de dinero de este asunto, luego de haber procedido debidamente a un desdominio profundamente meditado de cada título; en todo caso es el principio, respetado en Grenoble, aunque no en Poitiers, ni en Brest, ni en Chambery, pero ¡silencio!, no se trata más que de un rumor de pasillo. El desbrozo e objeto de cuatro páginas completas en el informe anual de actividad del año 2000 de la Inspección General de Bibliotecas, en el cual el redactor, transformado legítimamente en alérgico al libro, confiesa estar "con mucha frecuencia [...] sorprendido por el aspecto compacto y

[†] El sitio www.librarybooksales.org incluso eligió como slogan: "¡Aquí todo el mundo gana!"

bastante oprimido de las estanterías" de los establecimientos que visita. También se puede leer lo siguiente: "Las formalidades jurídicas ligadas a la necesaria desafectación de los documentos eliminados siguen siendo, en general, bastante mal cumplimentadas" y que, entre relegación a depósito, destrucción, donación y venta, esta última "es la menos popular". Foro no es seguro.

Las pocas bibliotecas de préstamo que observan el procedimiento (las universitarias lo evitan olímpicamente) y que, como la de la ciudad de Grenoble, no hablan a regañadientes del hecho, proponen al consejo municipal las listas de libros deteriorados por el uso o considerados obsoletos antes de proceder a la venta anual, a la destrucción o a la donación razonada (por ejemplo, a una asociación dedicada al desarrollo cultural en determinado país pobre). En caso de cesión al público, los precios se fijan desde e 0.15 el opúsculo hasta e 7 la enciclopedia, pasando por e 0.80 los premios Goncourt. Los clientes hacen cola desde temprano, codiciando la colección Que Sais-Je? y se limitan a cuatro por, persona los libros de historietas; se trata así de desalentar a los revendedores de libros usados. Este tipo de venta provoca escándalo cuando se organiza en los locales de la biblioteca, aunque no tanto si se la hace en otro lugar; de todos modos, hay que inundar la ciudad de volantes, más para explicar su sentido que para promover la ganga. Sin duda, por esta razón la mayoría de las bibliotecas francesas prefiere destruir, dado que representa cien veces menos trabajo y además el asunto se rodea de una discreción sorda y en cierto modo avergonzada.

El escándalo de Poitiers puede mencionarse libremente pues "apareció en la tele". En pleno mes de agosto de 1989, un bote de basura en el patio de la facultad de derecho se llenó de pronto de una cantidad indeterminada de volúmenes de los siglos xvIII y xIX. Encantados, los docentes se los llevaban. Todo hubiera quedado allí si no hubiera sido por un librero hostil al alcalde de la época, que informó a la prensa que la ciudad se deshacía de sus libros anticipandose a la futura mudanza del archivo. Esto provocó muchas críticas. A algunas semanas de su jubilación y obligada a interrumpir sus vacaciones, la pobre directora del establecimiento tuvo que enfrentar a los periodistas y una auditoría enviada por las autoridades mientras un bibliotecario general se instalaba allí en medio de la emergencia para poner la casa en orden. Fue necesario un año, especialmente para encontrar y restituir algunas obras "perdidas" en casa de los profesores de derecho que admitieron bastante fácilmente que tener en su poder libros estampillados "Bibliobatante fácilmente que tener en su poder libros estampillados "Biblio-

teca de Poitiers" y "Propiedad de la Ciudad" provocaba recelos. "Si usted encuentra un libro marcado de esta manera en tiendas de libros usados donde no figure también el sello de baja oficial del catálogo, entonces en principio puede tomarlo e irse sin pagarlo", dijo Jean-Marie Compte, el bibliotecario general a cargo. Entonces, ¿qué pasó en Poitiers? ¿Sufrió el adjunto de la directora un golpe de calor, usual durante el mes de agosto en la administración pública? ¿Quiso obrar bien y adelantar la tarea que imaginaba sobrehumana de la futura mudanza? Tal vez no era un hombre estimado y sus colegas lo dejaron picar el anzuelo sin decir agua va. El informe de los peritos destacó una gran cantidad de disfunciones por el lado de los procedimientos y la psicología. El informe Huchet, en particular, declaraba inocente al aclade de ecualquier cargo de mala intención. Todo terminó como se sabe: la Biblioteca Municipal de Poitiers ya no existe y en su lugar se creó la mediateca François Mitterrand, cosa que no tiene nada que ver con la propuesta anterior. Además, su dirección no responde a los pedidos de información sobre el asunto.

En consecuencia: las bibliotecas se reconocen ahora mortales. ¿A qué le temen más que a nada? A la explosión "demográfica".

Nos encontramos de lleno ante una nueva plaga constituida por el crecimiento exponencial de la edición. Centenas de miles de novedades se agregan cada año en todo el mundo a las del año anterior, [†]cuyo interés y necesidad solo resultan claros al editor, un poco menos al distribuidor y a veces apenas al autor. El hecho es real, si confiamos en un estudio realizado en 1982, que estima que por año los editores estado-unidenses destruyen roo millones de libros de bolsillo: "Pocas industrias se apoyan sobre el aniquilamiento rutinario de la mitad de su producción para despejar el mercado." ⁶1. al legada de nuevos títulos a las estanterías de los libreros, a las columnas de periódicos y a los catálogos de bibliotecas no puede hacerse más que en detrimento de otras

[†]La Biblioteca Nacional de Francia, escribe Stasse, recibe por año 50 mil ciemplares a título de depósito legal y compra una cantidad similar de obras extranjeras. Incidentalmente, estos últimos se eligen con cuidado dado que hay que pagarlos y la lógica permite tal vez imaginar que un dia lejano la colección en francés será mayormente sinónimo de indigencia al lado de un fondo provechoso e intelectualmente más profundo en otros idiomas. A modo de consuelo, puede decirse que el asunto ocurre igualmente en Londres y en otros lugares.

obras que a menudo ya han tratado, y mejor, el mismo tema. Dicha biblioteca en relieve se alimenta de una especie de biblioteca en hueco constituida con libros olvidados que valían más como lectura que tal premio literario o tal ensayo de moda. Las palabras la y tempestad lanzadas en el buscador de la Biblioteca Nacional de Francia arrojan más de 120 registros antes de que emerja Shakespeare de ese mejunje. Y Calibán ríe socarronamente.

Ante lo que hay que llamar cataclismo, cabe preguntarse si las bibliotecas se han vuelto locas. Particularmente alarmante es el caso de la British Library, que provocó gran alboroto a partir del verano de 2000, cuando la prensa reveló que al menos 80 mil libros habían sido tirados.7 La institución, cuya antigüedad es de 340 años, se las había visto negras para lograr que se aceptara su mudanza del romántico edificio del British Museum a una nueva instalación carente de orgullo que disparó una ola de críticas y se mantuvo en la primera plana de los periódicos como un vulgar royal que duerme fuera de su casa. El reemplazo simultáneo de su director por una mujer, con un rumor sobre su privatización como telón de fondo, no podía más que atizar el fuego. Todo súbdito inglés, aun iletrado, considera esencial que la misión de tal establecimiento sea mantenerse como "biblioteca de última instancia" en la que ninguna obra que exista en el Reino Unido, sea cual sea su naturaleza, puede faltar. Sin embargo, apareció un investigador un tanto obstinado, escritor de larga trayectoria, que encontró cinco títulos marcados con un "discarded" o desechados a quien se le explicó que a partir de ese momento se aplicaba la consigna selection for survival, "seleccionar para sobrevivir", título de un informe de 1989 escrito por un bibliotecario de la Universidad de Newcastle. El clamor provocado por la noticia se multiplicó cuando trascendió que el desbrozo estaba en manos de bibliotecarios principiantes y se hizo más estridente ante la actitud poco clara de la nueva dirección, que permitió correr el rumor de que la práctica en cuestión había sido abandonada por falta de personal. Esto no fue suficiente. El director de colecciones, quien sin duda lamentó llamarse Richard Bradbury, terminó por romper el silencio de la venerable biblioteca con una declaración de tres frases secas que aclaraba que no se había desechado ningún libro único ni de depósito legal. Con el tiempo, se aplacó la indignación debida a esas viejas quimeras.

Entonces, en 2001 y proveniente de Estados Unidos, estalló el escándalo de las colecciones de periódicos extranjeros de principios del siglo xx de los cuales la British Library se había desprendido discretamente en 1997. El que inició la molesta revelación fue Nicholson Baker, un escritor conocido no solamente por sus furias con respecto a invenciones torpes y significativas, si bien microscópicas, de las desviaciones modernas —como el popote de plástico más liviano que los antiguos y que por lo mismo no puede permanecer hundido en una botella de Coca Cola— sino también por otros trabajos, entre los cuales se encuentra un libro subido de tono que lo hizo célebre y rico. Descubrió que Londres había desdeñado 60 mil volúmenes "gruesos como ladrillos" de diarios y semanarios encuadernados, asombrosa colección de periódicos rusos prerrevolucionarios, alemanes de los años veinte o franceses de la ocupación, además de magníficas publicaciones estadounidenses de 1900 con suplementos dominicales en cuatricromía como el World o The Chicago Tribune de los tiempos de Al Capone. Como su investigación demostró que todos los archivos de Estados Unidos habían purgado también sus depósitos de estos incómodos in folio luego de haberlos filmado en blanco y negro, Baker adquirió los originales para crear una fundación cerca de su casa, en New Hampshire, el American Newspaper Repository. Por 63 mil dólares obtuvo 70 años de The Chicago Tribune mientras que la serie completa en microfilms se vende a 177 mil. Baker escribió: "Estamos en un extraño momento de la historia en el cual uno puede comprar el objeto real por mucho menos que la serie de deplorables fotos monocromáticas que lo representa y que resulta imposible de leer sin una máquina." Por otro lado, la British fue contundente: "todo lo que no encuentre receptor será pulped"; traducción de la palabrita: destruido para ser transformado en pasta de papel. Parecería que ninguna biblioteca del mundo quiso los álbumes propuestos, ni siquiera gratuitamente.

Dostoievski veía en la diversidad y la mezcla de una página de periódico la mejor imagen de la naturaleza polifónica de la vida. La exploración de *The New York Times* de 1945, microfilmado en la Biblioteca Nacional de Francia, nos lleva a pensar en una autopsia a ciegas.

Entre 1850 y 1960, en el momento más pujante de la producción literaria mundial, miles de millones de libros se imprimieron en un papel execrable, en el cual un compuesto ácido terminó por roer la lignina de la madera que por ese entonces no se podía eliminar. Una reacción interna ocasiona entonces a la vez un cambio de color —que significa una mejora a la crudeza del papel demasiado blanco—, el debilita-

miento de la fibra y la rigidez de las páginas, lo que las puede volver quebradizas. Por esta razón, la religión que profesan los bibliotecarios dice que el papel se autodestruye, por lo que es necesario desacidificarlo o microfilmar el contenido del mismo, o incluso, a veces, ambas cosas. Desacidificar es un procedimiento caro y trabajoso, cuyas consecuencias a largo plazo aún se desconocen. Algunas grandes bibliotecas han instrumentado grandes campañas de desacidificación para detener la degradación de los papeles de baja calidad; así, las nuevas instalaciones de la Biblioteca Nacional de Francia permiten en teoría el tratamiento de 300 mil volúmenes por año. Sin embargo, tal determinación resulta ridícula por el hecho de que ningún gobierno se decide a declarar la obligatoriedad del uso del papel permanente en el mundo editorial, con lo cual el problema prosigue sin obstáculos.† En cuanto a la transposición en imágenes del contenido de los libros microfilmados, parece que para ciertos archivos se saca mayor partido de este sistema pues se deshacen del original, dado que muchas veces tal procedimiento requiere que se guillotinen los lomos; en el caso de los periódicos encuadernados, se trata de una práctica sistemática que los inutiliza.

Pero la "guerra contra el papel", según Baker, se basa en una aberración: no es cierto que la página sigue deteriorándose cuando la lignina la ha vuelto amarillenta, y sólo algunas inteligencias dudosas, incluso vendidas, se atreven hoy a afirmar que se convertirá en polvo. Se trata más bien de la secuela ampliada de un viejo rumor que echaron a rodar los fabricantes de microfilm, particularmente hábiles para la desinformación. Bell & Hawell, Xerox, Kodak y Microcard fueron empresas que triunfaron fácilmente desde su inicio, sobre todo porque nacieron en el mundo del espionaje y también porque, durante la guerra fría, los grandes bibliotecarios estadounidenses mantenían estrechas relaciones con la CIA (cuando no provenían de ella).

En 1973, la Biblioteca del Congreso, entre otras, invirtió en 24 cámaras capaces de producir 2.5 kilómetros de microfilmes por día y era

[†]Las normas 150 9706, 150 11108:1996 (y ansi/niso 239 48-1997 en Estados Unidos) determinan la calidad del papel hecho para durar que, nos parece, debería ser declarado obligatorio para cualquier edición que deba entrar en una biblioteca o documento en archivo. Incluso debería imponerse en primera instancia blioteca o documento en archivo, incluso deceria imponerse en printera instalicia el uso de pastas completamente desprovistas de cloro (rcr), cosa que está lejos de aplicarse (EFC). Los bromistas de mal gusto se divierten afirmando que el mundo editorial francés del libro sólo respeta las normas DNED (después de nosotros, el

necesario alimentarlas. Los bibliotecarios de todo el país se arrojaron sobre los libros para hacerlos pasar por la prueba del double fold, que consiste en plegar con maldad hacia delante y hacia atrás la esquina de una página: si el papel se rompe, el libro es apto para la microfilmación. Los lectores no lo volverán a ver.

El mercado actual de los libros decretados "en riesgo" en las grandes bibliotecas se valúa en 358 millones de dólares, solamente en Estados Unidos. En Washington, Londres o París, ningún bibliotecario admite, pero lo saben tan bien como los lectores, el horror que significa microfilmar o microfichar; la lectura requiere de máquinas especiales, ruidosas, siempre ocupadas, con suciedades diversas en la pantalla, a lo cual se agrega que la visualización es una verdadera tortura: si se consulta un texto en microfilme durante algunos instantes para una verificación o para extraer una cita, se vuelve a las claras ilegible de manera íntegra por el fatigoso contraste del negro y el blanco o porque a menudo la película es poco nítida o está rayada. Cada tomo de la Colección de documentos para la historia de México representa ocho microfichas pero, como el índice de los 37 capítulos se encuentra al final de la última del último juego, debemos primero observar el pasaje de fichas rápidamente mezcladas para llegar finalmente a una imagen del índice completamente borrosa que vuelve inutilizables las 1200 páginas. Este libro puede considerarse destruido tanto como El imperio socialista de los incas de Louis Baudin y sus "cinco microfichas de acetato de 60 imágenes diazoicas, 105 × 148 mm", obra que al carecer de índice oblimagenes diazonas, 165 x 160 mil , vona que artacter de mide bon-ga a una lectura completa, cosa inhumana por cierto. La Biblioteca Nacional de Francia dispone de 76 mil microfilmes y cerca de un millón de microformas, es decir, una cantidad de obras que el investigador no podrá consultar de otra manera pues el original en papel le está vedado por reglamento. "La primera misión de esta casa es conservar", se atreve a decir una joven empleada que contempla a su interlocutor con recelo y agrega: "aquí la mayoría de la gente trabaja con libros más recientes.

Sin embargo, si mediante artimañas uno logra ver dos o tres obras -si es que han sido bien conservadas—, comprobará que el color de las páginas se ha vuelto un tanto anaranjado pálido u ocre y que los bordes en algunos casos tienen cierta tendencia a quebrarse mientras que el libro sostenido y hojeado con ciertas precauciones (bajo la mirada desconfiada del bibliotecario, digamos, en una parte de la sala reservada a tal efecto, que llaman "el hemiciclo" en memoria de otros tiempos) no va de ninguna manera a caer en la ruina; en cuanto

al argumento del peligro de la repetición, es también una fantasía: ¿cuántos lectores necesitan leer Les livres chinois avant l'invention du papier de Édouard Chavannes? Menos de diez por siglo sin duda, entre los cuales hay un número ínfimo de jugadores de rugby. Este extracto del Journal asiatique ou recueil de mémoires, d'extraits et de notices relatifs à l'histoire, à la philosophie, aux langues et à la littérature des peuples orientaux —título de la época en que la gente tenía tiempo de hacerlos y leerlos, un tanto insolente hoy— fue impreso en 1905, en 75 páginas en octavo de un robusto y excelente papel avitelado y satinado, actualmente y por muchos siglos más en buen estado, salvo por un margen agrisado por obra del polvo y de la furiosa contaminación que reina en la autopista llamada "rue" de Richelieu. La página presenta el encanto de una composición tipográfica en la cual se integran de manera muy hermosa los famosos caracteres chinos, en los que era especialista la Imprimerie Nationale. A todas luces editada o impresa con un pequeño tiraje a costa del autor, la delgada plaqueta fue encuadernada de manera provisional, cosa que los bibliotecarios de la Biblioteca Nacional, depósito legal Sena 2022 de 1905, no juzgaron rentable rehacer de manera más sólida y que fue necesario romper definitivamente para fotografiar el texto. Éstas son las razones por las cuales el libro es declarado enfermo.

La información más deprimente sobre esta falsa buena manera de preservar colecciones es que los soportes de plástico, a pesar de las garantías con que los arrancamuelas acompañaban su preconización, son también a su vez perecederos e incluso están ya en vías de deterioro. ¡Poco importa! -exclama el hijo del vendedor de microfilm-, tenemos el cd-roм y, a futuro, inventarán otras cosas mejores, etcétera. En la actualidad, ninguna solución utilizada o considerada es realmente confiable contra el paso del tiempo; por otro lado, la transferencia de datos a los discos actuales no impide la alocada evolución de los materiales y nada indica que exista siempre un lector para un sistema de preservación considerado perfecto hoy. ¿Alguien recuerda la rareza un poco malsana llamada floppy disk? Será necesario entonces, con cada revolución tecnológica, lanzarse a costosas mudanzas de datos e incluso, sin esperarlos, proceder a hacer verificaciones regulares del detalle de los datos: cinco años para el cd-rom ordinario que sirve para la difusión del libro en línea, 20 para el century disk de vidrio con películas de nitruro de titanio o latón que, se supone, conserva el original. Se puede imaginar fácilmente que las instituciones públicas, cuya característica principal es no contar nunca con el presupuesto de mantenimiento destinado a reparaciones inmobiliarias, deberán sufrir catástrofes mayores antes de conseguir el presupuesto necesario para lo intangible.

Llegamos a la paradoja grandiosa que consiste en que la decisión de reemplazar el papel por una copia en otro soporte implica sumirse en una espiral de gastos infinitos, sin parangón con el costo del original, y de inseguridades que se acrecientan permanentemente.

Pero la digitalización de la existencia está en marcha y nada la de-

"Nuestros mayores leían novelas en 16 tomos que no eran lo suficientemente largas para sus veladas. Seguían con suma atención las costumbres, las virtudes y los combates de la antigua caballería: en nuestro caso, pronto sólo leeremos en pantalla", dijo con gran tino el pícaro Mercier, en 1771.

Notas

¹ Jean-Marc Mandosio, L'Effondrement de la très grande bibliothèque de France. Ses causes, ses conséquences, París, 1999. François Stasse, La Véritable histoire de la

grande bibliothèque, París, 2002.

²Leer a Nicholas Basbanes, *Patience and Fortitude*, Nueva York, HarperCollins, 2001, y Nicholson Baker, Double Fold: Libraries and the Assault on Paper, Nueva York, Random House, 2001.

³ Véase Basbanes 2001, *op. cit.* ⁴ Shui xiedule Ba Jin?, "¿Quién ha profanado Ba Jin?", *Nanfang Ribao,* 19 de diciembre de 2002

⁵El informe "Principes et pratiques du désherbage", de C. Lieber, se puede encontrar en la siguiente dirección: ftp://trf.education.gouv.fr/pub/edutel/syst/igb/desherbage.pdf. Catherine Pouyet comunicó amablemente los detalles de la

venta de Grenoble.

⁶Véase Lewis Coser, Charles Kadushin y Walter W. Powell, *Books: The Cul*ture and Commerce of Publishing, Nueva York, 1982.

7 Véanse algunos artículos publicados por The Guardian entre el 14 de agosto

de 2000 y el 18 de marzo de 2003, todos consultables en la página web correspon-

10. Conocimiento a prueba de fuego

Uno no puede consumir demasiado si se queda tranquilamente sentado leyendo libros

ALDOUS HUXLEY

Si las bibliotecas estadounidenses se deshacen de sus libros es para comprar menos, pues hoy el presupuesto se destina preferentemente al equipamiento electrónico. Aquí tenemos una de las consecuencias: "En el departamento de colecciones especiales del Colorado College, llamamos a los libros pequeños 'pequeños'. En otro tiempo los llamaban "en octavo" por razones que todavía no me quedan claras." La ingenua que se preguntaba esto en internet en 2002 es conservadora y archivista diplomada. ¹ Tal vez el colmo de la congruencia sea una biblioteca sin pasado.

La colección de libros virtuales, en el sentido de inmateriales y visibles en una terminal de computadora antes que eventualmente impresos, parece corroborar al cien por ciento todas las vertiginosas perspectivas que ya suscitaban las bibliotecas cuando estaban hechas de papel. Por ejemplo, el "Yo afirmo que la biblioteca es interminable", de Borges. Para embarcarse mejor hacia el fácil infinito en etcal el libro no está solo —mapas, planos, imágenes y música participan con soltura de esa danza—, la biblioteca se nutre en primer lugar de todo lo que ha existido anteriormente absorbiendo el texto de libros enteros, facsímiles analógicos cada vez más cuantisoso, como Gallica en Francia con sus próximamente 100 mil libros o, en inglés, el Proyecto Gutenberg (6267 libros a fines de 2002) y la American Memory (de la Biblioteca del Congreso), así como lo que es posible descubrir a través de a Bibliotheca Universalis (asociación de las bibliotecas nacionales de los países más ricos) o Gabriel (las bibliotecas nacionales de toda Europa).

No hace falta aclarar que la lectura gratuita en línea es posible sólo con obras de dominio público. Sin embargo, como dicho criterio no es uniforme en todas partes, los ratones encuentran el queso fácilmente: así, por ejemplo, gran número de estudiantes bendice de este modo la

francofonía, cuya consecuencia perversa es que pueden descargar ensayos recientes desde sitios universitarios de las antípodas.

La segunda fuente de enriquecimiento de la inmensa biblioteca en germen es el hormigueo de textos, sonidos e imágenes que se generan a cada instante directamente en los dedos de los usuarios, ya sea de especialistas curtidos o de aficionados, igualados gracias a que se encuentran codo a codo frente al teclado; apenas nacidos en los recovecos del cerebro planetario (en realidad, ya no hay más recovecos), se mezclan alegremente en un todo informe sin autocrítica ni derechos de autor. La ebriedad del "recurso electrónico", nueva denominación impuesta a la futura biblioteca, viene de que todo está disponible, e incluso es gratis; la función copiar-pegar reemplaza el bolígrafo, el clic se ha vuelto un tic. Tal cibercatálogo va a reemplazar para la mayoría de la gente la costosa biblioteca y antes de lo previsto, 2 pero ¿lo hará completamente? Al igual que el cosmos en expansión, internet es un proceso incuantificable. A los ojos del profesional que lo atraviesa a lo largo del día, como un minero de manos callosas, internet se presenta casi totalmente como compuesto de escorias, plagios, cáscaras de sitios que han mutado, vertiginosa demostración de estupidez y vulgaridad. Esta comprobación no tiene ningún interés en sí misma en la medida en que toda una vida no sería suficiente para aprovechar la información de nivel científico que se basa en, digamos, un cinco por ciento de datos originales. Pero demuestra que la nueva galaxia escrituraria no se superpone con la entidad de la vieja biblioteca enciclopédica universal, en la cual todo, hasta lo malo, puede utilizarse.

El problema planteado por la memorización de cantidades astronómicas de documentos tal vez se resuelva algún día pero a un altísimo precio, tan alto como su preservación; mientras que se base en el papel no se ve claramente cómo bajará el costo: manipular páginas de libros a menudo frágiles requiere de una mano de obra especializada. Pero ya desde las primeras etapas de este proceso se plantea la cuestión de la fidelidad de la copia. Muchas transferencias electrónicas de obras se hacen a partir del microfilm, procedimiento oneroso que da resultados poco nítidos pero con la seguridad de que no falta ni una coma. No es lo mismo si se desea trabajar a partir del texto obtenido, digamos, para extraer citas, caso en el que se necesita un software de reconocimiento óptico de caracteres, llamado oca, o más bien roc en correcto español. Escanear al azar la página 547 de L'Exposition coloniale de Erik Orsenna con

un buen sistema es una experiencia de lo más fácil y divertida: "Amour de sœurs" ["amor de hermanos"] se convierte en amor de "saurs" [arenques ahumados], bastante más perfumados, o bien "dist le compaignon", en Pantagruel, se moderniza como "disc le compaignon". Por supuesto, siempre se puede pagar a un corrector para que compare el original y el ocr página por página; el despilfarro no tiene precio. Cuando la Biblioteca Nacional empezó a digitalizar su acervo en 1992, se decidió una primera etapa de 100 mil volúmenes, es decir, 30 millones de páginas en tres años. Pero en 1998, todavía estaban en el 80 por ciento del resultado esperado. La página cuesta aproximadamente 6 0.12 a partir del papel, € 0.20 del microfilm, diez o veinte veces más en modo texto, el único útil para el investigador. Con un promedio de 350 páginas, copiar un libro cuesta entre € 42 y 70 como mínimo antes de ponerlo en línea, sin contar los gastos de transporte, selección y establecimiento de la tabla de correspondencia entre pistas del disco y paginación: es el costo de su presencia en el éter de la web. Imaginando que los conservadores —al menos los de hoy— no se opongan a guillotinar los lomos o a romper las encuadernaciones, haría falta a la Biblioteca Nacional de Francia unos buenos miles de millones de euros para que se puedan consultar a distancia todos los impresos de sólo lectura; huelga decir se trata de un tema tabú en el mundo entero— que el servicio no sería gratuito. Pero al menos el problema de los derechos de autor estaría resuelto.

Lo que pasará después ya pasó. Pisístrato, tirano de Atenas muerto en 527 antes de nuestra era, hizo proclamar que iba a comprar los escritos de Homero por metro, a tanto la línea. Es fácil imaginar todo lo que se inventó repentinamente. Es lo que los gramáticos Aristarco y luego Zenódoto intentaron enmendar en Alejandría, con toda su ciencia filosógica o, en todo caso, la idea que se hacían de los textos antiguos. "Pusieron la lliada toda junta y la corrigieron a su gusto, y como era larga y un poco aburrida, la cortaron en varias partes", narra Eustacio. 3 Ya Demócrito había experimentado la necesidad de compilar un glosario fomérico con todas las palabras raras y antiguas para facilitar su lectura. No hay nada de irónico en la respuesta que Timón da a alguien que le preguntaba si se podía encontrar una versión confiable de Homero, no más tarde que en el siglo 111 a. C.: "Puedes, si encuentras una de las copias antiguas, no las corregidas de hoy."

La transformación de todo el conocimiento en un flujo de bits tal vez sea solamente un simple avatar de las herramientas de la comunicación. La cosa escrita sobrevivió a numerosos cambios que le provocaron muchas veces algunos daños, por ejemplo, cuando el rollo[†] cedió su lugar a la forma del libro que conocemos actualmente, el códice. Este corte del documento en rectángulos del mismo tamaño que pueden ser hojeados permite sobrevolar holgadamente los textos; el díptico de tablillas de cera inspiró esa idea.

Al principio, la novedad fue sinónimo de clandestinidad. Los cristianos apreciaban, digámoslo así, su carácter plano (no era demasiado fácil esconder un grueso rollo bajo la túnica). Cuando el cristianismo se convierte en religión de estado con Constantino, en el 306, los códices se imponen como norma y el siglo IV se ocupará de transcribir los textos en páginas de piel de animal, más grandes y resistentes que el papiro. Entonces comienza una buena depuración anónima: a todas luces, no se copia lo que no se juzga conveniente para la lectura, como en Alejandría un puñado de siglos antes, como Qianlong en la China del siglo xvIII, o incluso, no lejos de allí: "Una tradición manuscrita sin piedad, inspirada en un estrecho confucionismo no ha dejado de alterar las pobres obras que escaparon por casualidad a todas las destruc-ciones", tal abatimiento es el de Emile Gaspardone, cuando establece, en 1934, una copiosa bibliografía anamita, en la que tiene que agregar, al final de una de cada cinco reseñas, "ya no existe". En Pekín como en Roma, los purificadores de Babel pasan por las páginas. Pero esta vez, además de las preocupaciones filológicas, confesionales o políticas, la regla está condicionada, en primer término, por la materia: el espacio teóricamente infinito, por lo menos en una de sus dimensiones, de las hojas de papiro pegadas unas a otras, debe ahora cortarse para entrar en la página cerrada con cuatro costados. Por esta razón la mayor parte de las imágenes antiguas se perdió en ese tránsito —un escriba no es ilustrador— y además el volumen reduce la continuidad de las columnas sin fin a dos o cuatro como máximo. Se amputan textos y aparecen las versiones condensadas. Incluso podemos suponer que, con la mejor buena fe, un aspecto de la antigüedad va a poder reinterpretarse para hacerse más comprensible a los contemporáneos. "Sólo las obras que, en los siglos iv y v parecían dignas de ser leídas, porque parecían todavía actuales, tuvieron la suerte de pasar del rollo al códice y así sobrevivieron [...] la amplitud o la estrechez del gusto de la época decidió nuestro propio horizonte cultural." ⁴ Por otro lado, con respecto a este

tema se comprueba que la flojera de los imperios de occidente y la invasión islámica hicieron abortar la empresa de salvaguarda y que fue necesario esperar hasta el renacimiento para recuperar lo que quedaba de la antigüedad.

La gran virtud de internet, si no la única además del hipertexto, es el poder de la actualización permanente de la información. Los periódicos lo comprendieron muy bien y lo explotan de manera magistral, al punto de hacerse la competencia a sí mismos y preparar su propia desaparición cobrando el maná de la publicidad y sobre todo de los servicios, como la venta de toda una mezcolanza que va desde artículos archivados (cosa verdaderamente lamentable, aunque por suerte no todos lo hacen) hasta boletos para el teatro. Podría esperarse la misma sagacidad de todos los sitios profesionales ligados a la cultura y a la información. Podemos obviar numerosos organismos y administraciones cuya representación electrónica habla a las claras de lo paquidérmicas que son, pero las fuentes de información como las enciclopedias generales deberían estar a la cabeza de tal progreso. Es comprensible que sus 28 o 32 volúmenes de papel sean en parte caducos cuando llegan a la imprenta, o incluso el CD-ROM anual, pero una información permanente mediante suscripción debería actualizarlos en cuanto un dato fuera oficial. Un ejemplo cualquiera muestra que no es así: la Organización de la Conferencia Islámica (la onu de los países musulmanes) agrupa 57 estados y no 45: el artículo de la Encyclopædya Britannica en línea está superado desde 1984. Algo similar ocurre con la filial francesa Universalis pues se han contentado con introducir en línea la masa en bruto de la edición en papel sin ver que la pantalla ponía en evidencia sus defectos: datos caducos, opiniones personales, frases vacías a lo Barthes o directamente tendenciosas (cfr. el incendio de la biblioteca de Lyon). Una buena actualización permanente debería quitarle el polvo aunque con el riesgo de abrir más aún la ventana al viento de la desinformación.

Si este tipo de empresa es falible, ¿qué podemos esperar de las producciones de otras industrias cuya historia se destaca más por la habilidad de remunerar (o engañar) a los accionistas que por producir y compartir el saber? Comprar editoriales serias de diccionarios, enciclopedias y obras de referencia para duplicar brutalmente las ganancias con su publicación en internet todavía es aceptable, aunque bastante vil, pero cabe preguntarse si todo el rigor científico que prevalecía en sus comienzos continuará con la digitalización y participará en la puesta a punto de nuevos contenidos, mientras que, hasta ahora, pareciera que

[†]Desde el *rotulus* de lectura vertical, como una vulgar computadora, opuesto a *volumen* de lectura lateral.

más bien la gran ola electrónica va hacia la simplificación intelectual, mediante el acortamiento de párrafos, frases y palabras. Terminarán por resumir, como lo hacía Focio, los libros que la gente no tiene tiempo o medios de comprender. Louis Sébastien Mercier describía el arte de la actualización situando sus consecuencias en el siglo xxv. Tal como el Winston de 1984, que ajusta las previsiones pasadas del Gran Hermano en función de los resultados obtenidos, será muy fácil entonces cambiar el sentido y el alcance de ciertos eventos históricos: cuando el comentario o el resumen reemplacen lo que hasta ahora se llamaba el documento, la deformación solapada tendrá el campo libre. En francés, el sentido de la palabra digitalization, que se desliza a menudo en la prensa en lugar de numérisation, lo expresa bien, pues se trata de la dosificación de una sustancia venenosa sacada de lo digital.

En efecto, el lenguaje informático hace lo que le viene en gana sin mayor criterio y se alimenta de su propia ignorancia. Todo ocurre como si las distorsiones y aproximaciones sin conciencia facilitaran el dominio del territorio conquistado. El icono rompió sus vínculos con Rusia, el adjetivo virtual reemplaza a inmaterial mientras que, hasta hace poco, no era más que un humilde sinónimo de potencial. Algunos de nuestros textos más intrascendentes están cargándose de ambigüedades incomprensibles para los lectores de pasado mañana, que deberán ser diez veces más ingeniosos que nosotros para penetrarlos. Esto representa líneas adicionales para los lexicógrafos, a menos que decidan borrar las primeras acepciones de cada entrado.

Tres o cuatro "infoconglomerados" impalpables compartirán pronto el copyright de todas las obras esenciales para la educación y el entretenimiento; nuestros viejos mastodontes de piedra no podrán convertirse en otra cosa que en proveedores a distancia de contenidos para investigación y estudios avanzados. Pasemos por alto las declaraciones contradictorias de las instituciones, la lengua uniforme y la horripilante lentitud del formato PDF que, con ciertos proveedores, permite a veces al lector beber un café entre dos páginas de un libro digitalizado que contiene 500. Todos estos inconvenientes quedarán en el olvido dentro de poco, con elucubraciones precoces tales como la invención del e-book. Si consideramos hoy los entusiasmos del año 2000 que suscitaron la edición y lectura electrónica, nos sorprende el olor de los cuerpos en descomposición que se desprende de internet, los vínculos rotos y las tiendas con las cortinas echadas. Ésta es la prueba de que todo el mundo puede equivocarse, sobre todo bajo el impulso de potencias como Microsoft y Adobe. Sin embargo, entre los cadáveres se

siente palpitar a algunos organismos: dos o tres editores de documentos técnicos destinados a contadores o cirujanos dentistas, pero sobre todo un ejército de ensayos sobre platillos voladores y el "verdadero" Nostradamus, lo cual confirma aún más la tendencia natural a la putrefacción de esas ideas en sí mismas, que en apariencia sólo tenían interés sobre el papel. Volvamos a examinar la cuestión del *e-book* dentro de 10 años, por favor.

Que poner en línea casi todas las colecciones aparezca como la única misión para el futuro es algo de lo cual al menos Londres está convencido. La British Library de hoy desea ardientemente transformar el plomo del pasado en el oro del futuro gracias a un novísimo puesto clave, el jefe de marketing. Ayudado por un equipo de 100 personas, tiene la misión de crear una imagen de marca moderna, hacerle publicidad y acelerar la apertura de fondos virtuales al mayor número de usuarios del mundo. Enfrentar el mañana con los brazos abiertos implica decisiones radicales: mientras se desmaterializan libros y periódicos a granel, 18M se prepara para cobrar millones de libras esterlinas no por eso menos inmateriales.

La modestia arquitectónica de la nueva British Library habla de ese futuro con salas de trabajo cómodas y bien iluminadas; con asientos que son un híbrido de silla y sillón, ignorados por las revistas de decoración pero donde uno puede pasar horas enteras, y con controles eficientes a cargo de seres humanos: las bibliotecas nacionales de cada país serán abiertas (con reserva, pues habrá pocos empleados pero muchísimos especialistas en informática) para aquellos que persigan la ciencia al margen, el secreto de un texto que no se considere digno de la vaporización mundial y todos aquellos —a menudo los mismos, se supone— que exigen, como si fueran ciegos, el contacto con los libros antiguos, la rugosidad de las páginas, el olor su generis, el verdadero hojeo. La "biblioteca de papel", se podría ironizar.

Como se ve en el caso del comercio minorista en el mundo entero, sólo sobrevivirán las instituciones especializadas y vivirán bien, puesto que las entidades intermedias desaparecerán, ya que actualmente sólo satisfacen las necesidades y gustos del "gran público", el cual pronto estará sobreequipado con la comunicación electrónica en casa. Francia sabe utilizar su lengua: rebautizó "mediatecas" a las bibliotecas municipales, pues las palabras que empiezan con media o medio evidencian de entrada la "vocación media" de lo que designan.

Es fácil augurar de cuál de los dos tipos de lector —el peatón de los libros o el que carga sus lecturas y su tarjeta de crédito desde su sillón— aún podrá salir una chispa. Pero es claro que otra literatura verá la luz, que parecerá nueva y tan sólo será transcodificada.

El libro de papel dejará de ser fabricado pues así lo quiere la desubstancialización generalizada del intercambio: el dinero en efectivo des-aparece de nuestros bolsillos, ya el periódico es evanescente. En 2100, contarán a los estudiantes que esto se relaciona con el pasmoso proceso que consistió en deforestar el Morvan y luego el Amazonas (¡imagíque consistio en deforestar el morvan y luego el califazonas villuago nenlos cubiertos de árboles!), en alimentar fábricas que fueron las más complejas de la historia y que nunca pudieron detener sus emisiones contaminantes, para producir hojas compuestas más por cola y caolín que por pasta de papel, con los que se proveía de material a las imprenque por pasta de papet, con los que se proveia de material a las impren-tas, repletas de máquinas a lo Chaplin, de donde salían paquetes de una tonelada de libros transportados luego a los depósitos, más tarde a los mayoristas, que enviaban las novedades a un librero, quien las mandaba de regreso, luego de lo cual una obra abandonaba en ocasiones nuevamente el depósito para ir a otra librería y terminar eventualmente en una casa, cuando no era destruida. "¿Cómo es esto?, ¿todo ese jaleo por 10 o 30 unidades de la moneda de entonces?", se preguntarán, incrédulos, los jóvenes. Tomarán notas en un silabario fonético sobre un códice flexible de dos páginas capaz de descargar de inmediato cualquier obra del mundo, mezclada con música, películas, sensaciones, olores, calor. De tanto en tanto, un marginal de entre ellos hará aparecer un texto como los de antes pero pronto dejará de descifrar la cohorte de hormigas que llamaban caracteres, cuya relación con las ideas y los hechos parece actualmente tan poco evidente que causa dolor de cabeza.

11. A modo de epílogo, regreso a Alejandría

La ciudad de Alejandría será para siempre un símbolo de las letras y la apertura de espíritu gracias al escritor Laurence Darel y sus Tetralogías de Alejandría

Cuando recibe visitas, el profesor el Abbadi comienza por llevarlas insidiosamente a su balcón desde donde domina el sitio del incendio que César ordenó en el puerto y que destruyó la Gran Biblioteca. Parece que el evento murmura por lo bajo e impregna la conversación; en algunos minutos, el mal está hecho y el visitante adquiere el virus alejandrino. Este historiador entusiasta dedicó su vida de alguna manera a esa mítica institución y fue quien lanzó casi inocentemente, durante una conferencia en noviembre de 1972, la idea de reconstruirla. El presidente de la universidad, Lotfi Dewidar, lo tomó al pie de la letra y el proyecto fue emprendido oficialmente en 1974 con la ayuda de un tercer compadre, Fouad Helmy. Conociendo bien la monstruosa impericia de la administración egipcia, el trío decidió dejar de lado cualquier tipo de ayuda proveniente de El Cairo. El asunto parecía simple: la universidad poseía el precioso terreno en el cual dormitaba el ejército, Helmy se convirtió en gobernador, el planeta erudito aplaudía. Desgraciadamente la suerte no estuvo de su lado pues hubo un nuevo presidente de la universidad que orientó el proyecto hacia una especie de centro cultural, Helmy enfrentó a Sadat en el asunto de una central nuclear con la cual no estaba de acuerdo, perdió su puesto y murió; luego el doctor el Abbadi, decepcionado, se marchó a enseñar a Beirut. A su regreso, en 1984, un nuevo rector lo invitó a formar un nuevo comité y, con la ayuda platónica pero muy activa de Moktar M'Bou, por entonces presidente de una Unesco que se inclinaba por los proyectos a favor del Tercer Mundo (por esta razón disponía de tan poco dinero), la primera piedra fue colocada en 1988, y el concurso de arquitectura y la solicitud de fondos fueron lanzados a la comunidad internacional. Para llegar hasta ese estadio, el proyecto de la biblioteca universitaria, por más grande y universal que fuera, tuvo que convertirse jurídicamente en state library, un proyecto de estado. Fue en ese

Mensaje firmado por Jessy Randall enviado a la lista de discusión Exlibris, el 19 de agosto de 2002.

¹⁹ de agosto de 2002. ² Véase Daniel Renoult, "Les Bibliothèques numériques", en Luce Giard y Christian Jacob, coords., *Des Alexandries 1. Du livre au texte*, París, 2001. ³Citado por Jenö Platthy, Sources on the Earliest Greek Libraries, with the Tes-

onia, Amsterdam, 1968.

⁴Otto Pächt, L'Enluminure médiévale. Une introduction, París, 1997.